
Diario de un payaso



Stelios Karayanis (Samos, 1956), es un poeta y ensayista representativo de la generación de los 80, hispanista y traductor. Obtuvo el premio de poesía Nikiforos Vrettakos del Ayuntamiento de Atenas el año 1993. Es doctor en Filosofía Moderna por la Universidad de Ioanina de Grecia y doctor en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por

la Universidad de Granada. Es miembro correspondiente en Atenas de la Academia de Buenas Letras de Granada, uno de los fundadores de la Asociación de Hispanistas Griegos, miembro de la Asociación Nacional de Escritores Griegos y miembro de Pen Club. Imparte clases de Literatura Española en la Universidad Abierta de Grecia desde el año 2005. Fue director de la Revista Internacional de Poesía *Erato Ars Poética* y ahora es director de *Hécate Poesía*, *Ars Poética*, *Revista Internacional de Poesía*, *Cuento y Teoría Poética*. Dirige la serie de libros de Poesía y Ensayo *Hécate Ars Poética*. Actualmente vive en Atenas, ciudad en la que es académico correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Granada.

Stelios Karayanis

Diario de un payaso

Traducción: José Antonio Moreno Jurado

Virto Academia

Mirto Academia

112



Esta publicación ha contado con una subvención de la Consejería de Transformación Económica, Industria, Conocimiento y Universidades de la Junta de Andalucía



- © Stelios Karayanis
- © De la traducción: José A. Moreno Jurado
- © De esta edición:
Alhulia, S.L.
Plaza de Rafael Alberti, 1. 18680 Salobreña - Granada
www.alhulia.com

Diseño de la colección: Enrique Martín Pardo

Coordinación: José Gutiérrez

Ilustración de cubierta: Kristina Tzeortziana

ISBN: 978-84-126470-4-4

Depósito legal: Gr. 1.816-2022

Impreso en Comercial Impresores

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida,
ni en todo ni en parte, sin el permiso
previo por escrito de la editorial.

Impreso en España

*A José Gutiérrez y
José Antonio Moreno Jurado*

Que gusta pasear durante las lluviosas noches invernales con mi levitón por las calles heladas y los parques solitarios de Sevilla. Llovía durante toda la tarde. Llovía ininterrumpidamente, a cataratas. A intervalos, caía una fina nieve gris y blanca como la que caía en las páginas de las novelas de Dostoievski y de Knut Hamsun que leía en vela por las noches cuando era niño. El centro histórico de la ciudad se había vaciado hacía tiempo y había disminuido sensiblemente la circulación. Por aquí y por allá pasaba algún viejo carro, de los que transportan a los turistas para dar su romántica vuelta por los principales lugares de la ciudad, y los clientes, expulsados hacía tiempo de las bellezas de las cafeterías, escuchaban, como encantados, los sugerentes tloc-tloc de los cascos de los caballos mojados mirando con inquietud la lluvia que, sin piedad, azotaba el asfalto y las aceras, como los cocheros enervados por la falta de trabajo miraban a sus animales fatigados. De pronto, dejó de llover y apareció por encima de Triana el sugerente y majestuoso arcoíris. Me gustan especialmente estos fines de semana melancólicos de diciembre, cuando la naturaleza se alía con la poesía de Gustavo Adolfo Bécquer y llega el momento en que, habiendo terminado mi café y doblado con indolencia mi periódico para que quepa en el bolsillo de mi abrigo, me dispongo a salir a la calle sin meta, sin un fin concreto, empujado únicamente

por el aburrimiento insoportable que pesa desde hace tiempo sobre mi alma. Nadie, lo sé, podría comprender por qué he doblado un periódico en el bolsillo de mi abrigo. ¡Sólo lo sé yo y me sonrío satisfecho por ello! Utilizo el día para cubrir el vacío de mi alma. La noche, para resolver, en el pobre hostel de Doña Elvira en el que resido estos últimos meses, algún crucigrama Así, matando de la manera más anodina, mi tiempo libre, evito también llegar de frente a mis recuerdos, que emergen de mi pasado reciente y me atormentan en aquel difícil momento de la medianoche antes de atraparme el sueño. Sin embargo, nunca conseguí encontrar hasta hoy quién fue el poeta que escribió las pequeñas historia de Platero o el escritor ético y religiosos de Don Juan Tenorio. Quizás tenga la culpa mi memoria, que se debilitó sensiblemente los últimos cinco años, quizás tenga la culpa también mi español, que sigue siendo, porque soy un antisocial y marginal giri del norte, indigente. Dejo siempre en la cómoda, a medio terminar, mi wiski irlandés, la tacita llena de colillas y mi periódico arrojado al suelo, y comienzo a contar las estrellitas de la tapicería de la pared de enfrente, suplicando por piedad a Morfeo, dios del sueño, que venga a llevarme. Por la mañana, me despierta siempre la fuerte voz de un joven argelino vendedor frutero ambulante que, desde la fiera alborada, coloca sus tablas bajo mi ventana y, con su pronunciación francesa, pregona, sin interrupción y de acuerdo con las miradas de los transeúntes que se detienen ante él, unas veces las hermosas y frescas naranjas de Córdoba, otras veces los dátiles de Tánger y los

exóticos lotos de Huelva y, otras veces, las castañas de Jaén y los aterciopelados membrillos.

* * *

Música desesperada de un violinista ciego que lo pasa indiferentemente la multitud de viajeros apresurados fuera de la estación de tren de esta metrópolis, camino de un barco sin capitán y tripulación que dejó de avanzar en el tormentoso Atlántico sin mercancía ni destino, algo así fue mi vida hasta hoy. Ahora que ya no incendian mi alma las pasiones y las nostalgias del pasado, ahora que no tienen importancia alguna los sueños y las luchas del pobre e insospechado joven que fui una vez, puedo ya dejar que mis ojos estables acepten con ternura la afable luz de este día invernal que dentro de poco se apagará sobre el Guadalquivir para hacerse humo, tiempo gastado inútilmente, pasado, nada. Si os cuento lo que siente un flaco o, mejor, un Lázaro contemporáneo, olvidado por todos en el centro histórico, muy concurrido, de Sevilla, es para tranquilizar mis melancolías y suavizar mis amarguras. Lo que confieso a mí mismo no tiene para vosotros seguramente ningún sentido, ninguna importancia, porque nada de lo que sucede en la vida de los desheredados y atormentados puede tener en este mundo cierto sentido, cierta importancia. En vano, entonces, os entreabrí esta ventana siete veces sellada hace tiempo si no podéis ver algo en el paisaje invernal del jardín abandonado de mi alma cansa-

da. ¿Qué puede en verdad confesar un giri apartado hace tiempo, uno de estos vagabundos que sienten absoluta indiferencia por los problemas, las gracias y las penas de la vida contemporánea, un hombre que fue derrotado por la vanidad de su propia existencia, cuando dejaba que lo sobrepasaran los acontecimientos diarios? ¿Qué puede contaros un Lázaro atormentado que merezca la pena y os provoque interés? Los días de mi juventud fueron una serie interminable de situaciones repetidas de aburrimiento, de interminables pruebas de dolor psíquico para las cuales, desgraciadamente, no hay remedio. Como el dentista que escarda con un instrumento punzante un diente hueco para quitarle una parte podrida, así yo también pincho, en momentos de aburrimiento, mi memoria. Pero, lo sé, no es posible que el dolor se vaya si nosotros no nos vamos con él. Pienso que mi vida, en último análisis, no fue más que una llanura de pruebas repetidas de dolor tras breves cambios y encuentros, en garitos y sucios hostales de diferentes ciudades europeas, con baratas mujeres públicas que era natural que no me conocieran y que no las conociera nunca en profundidad. Si hago la confesión sobre qué quedó finalmente de aquellos encuentros breves e insípidos con efusivas despedidas y promesas completamente falsas, quizás para terminar en la conclusión de que cada una de ellas era diferente como también mis experiencias del oficio de clown que hice para sobrevivir. Detalles insignificantes ahora, me diréis, que te sostienen de vez en cuando al borde del abismo, detalles que hacen más insoportables los tristes recuerdos de mi negra década de los setenta, años

que se fueron tan rápidamente como un enjambre de aves migratorias.

* * *

Los relojes de la iglesia de San Pedro tocaban, por las tardes, las últimas horas de los juegos de los niños, pero ninguno de los vendedores ambulantes y de los comerciantes, que consideraban dinero el tiempo, podría creerlo. Entonces llegaba el momento más difícil para mí, porque debía cambiar continuamente de repertorio, cambiando periódicamente con pequeños papeles alguna señal de peligro a los jóvenes inocentes e insospechados, y a las jóvenes parejas que me sostenían, lo confieso, dejándome de vez en cuando una moneda en el paño que había extendido por el suelo, siendo mi finalidad informarles del negro futuro que les preparaban los mayores. Pero en vano esperaba cierta respuesta o alguna señal de que habían recibido el mensaje, quizás la única respuesta fuese sus tiernas miradas compasivas y la sonrisa que florecía en sus labios cuando les gustaba especialmente cierto número mío exitoso. Sin embargo debo recordar finalmente que llegué hasta aquí, todo sucedió tan rápidamente, tan silenciosamente, como silenciosamente, lo sé, cuando todo termine una noche de otoño, cuando se detenga a la entrada de este pobre hostel en el que me oculto desde hace tiempo para que no me encuentre la realidad, el negro carruaje que llevará mi entierro al cementerio más cercano.

Sur cette terre comme l'ombre nous passons. Me siento algunas veces en un banquito del parque y pienso: podría, por así decir, arrojar el vestido y los instrumentos de payaso que me pongo en este carrito de tela y volver al pasado aunque fuera con las manos vacías, podría quizás regular algunas cosas pendientes, pagar ciertas obligaciones dilatadas que me estropearon para siempre el nombre, podría quizás terminar aquel cuadro con la atarazana y los pequeños barcos en el muelle de piedra que dejé a la mitad, volver a arreglar el pequeño jardín en donde jugaba de niño, podar los rosales descuidados hace años y escuchar de nuevo mi querido cuento sobre las nereidas del atormentado molino de agua de la boca de nuestra abuela ciega que se fue tranquilamente y de pronto dejándome una tarde solo y sin consuelo. Sin embargo, ¿qué sentido tendría todo eso y cómo podría adaptarse su lirismo pasado a la vulgar y cruel realidad de la vida de un viejo payaso, vendedor diario de pequeños milagros e ilusiones? Cuando la tristeza del arrabal entra de pronto, pérfida y silenciosa, desde la ventana entreabierta a mi habitación, al atardecer, pienso en la extraña soledad del niño melancólico que fui un día, la soledad del niño que prefería jugar, durante horas interminables y solo, con su caballo de madera en el jardín florido de su fantasía infantil, en la soledad de una tarde primaveral, pero, ay, con el tranquilo deshoje de este tipo de recuerdos y de ensoñaciones de los años de la inocencia, lo sé, nadie terminó nunca en ningún sitio. Pero ha anochecido hace tiempo y debo levantarme para echar el cerrojo de la puerta, dejar afuera el florido jardín de mi edad infantil,

tirar otra vez de las cortinas del olvido para no encontrarme de nuevo solo e indefenso en el laberinto de estos balances amargos. ¿Qué importancia tiene ya preguntarme quién era en realidad y qué hice hasta ahora en mi vida? Hace tiempo que Doña Elvira no ha llamado a mi puerta y el cartero no me conoce porque nunca esperé ni espero carta de ningún sitio. Me siento otra vez en el sillón balanceante en donde se sentaron tantos y tantos inquilinos silenciosos antes que yo y pienso cuáles podían ser sus objetivos y qué fue, finalmente, lo que los trajo hasta aquí. Quizás hubieran perdido, ellos también, los años hermosos de sus vidas dedicados a cosas insignificantes, como yo. Pero nadie puede explicar cómo se pierde de pronto un hombre en la realidad o en un atardecer melancólico y qué lo precedió en verdad antes de terminar siendo ruina de un sueño.

* * *

 veces oigo ruidos en las habitaciones de arriba, sollozos, promesas, risas, otras veces llantos y otras veces pequeños gritos eróticos y gemidos ahogados. «Las horas del amor ilegal son siempre locas, agónicas y apresuradas», me decía una mañana veraniega, en la recepción, doña Elvira, mostrándome con un gesto unas sábanas mojadas de sudor. «Y, a veces, insoportables», le respondí, «cuando los caminos de los amantes se pierden inevitablemente, pasada la medianoche, hasta el infinito». «Eres un poeta, muchacho mío», me dijo riendo y soplán-

dome a la cara el humo del cigarro que acababa de encender con sus labios pintados y carnosos, «un cantante anónimo del amor ilegal que desgraciadamente se equivocó y se convirtió en payaso. No sé cómo no te sientas en tu habitación a escribir una historia romántica, venderla a algún editor y sacar dinero, en esta época especialmente en la que está de moda».

Sí, qué razón tenía doña Elvira. Como tantos y tantos otros de mis colegas, añadiendo con los años a mi vaso más alcohol, desgraciadamente me equivoqué y me convertí en payaso. ¿Quién sabe qué me traerá el mañana y qué deberé ponerme a hacer para ganar mi wiski y mi pan? Y si decidiese registrar, tras su consejo, las más características instantáneas y sucesos de mi amarga e insignificante vida, sin saber en absoluto si podrían conseguir un día cierto valor de uso, si decidiese enterrar esta noche los restos que quedaron de los años que malgasté aquí y allí, en garitos, en habitaciones de hostales baratos, en trenes, en sueños perdidos, sería porque, un día, un pájaro negro, una pequeña lechuza de mi futura desgracia, viniese a posarse en mi ventana medio abierta del más inocente sueño de mi edad infantil, una noche melancólica e incomprensible que, hasta hoy, no comprendí que gritaba a mi oído. Ah, doña Elvira, si hubiese comprendido entonces qué quería decirme aquel pájaro de mal agüero, quizás hubiera escrito el más hermoso poema, quizás me hubiera quitado las máscaras de la tristeza que, como dices, me cambiaron el rostro, quizás hubiera encontrado el secreto común que se esconde en las almas de todos los atormentados de este mundo. Pero ahora es el

momento de irme. Iré al parque por si me encuentro a los niños pequeños. Intentaré de nuevo hacer que se rían y lloren de alegría. Me recompensarán, lo sé, al final. Con la gracia superabundante de sus almas. Que irradiará en sus miradas. Con las sonrisas de su satisfacción. Y eso me basta. Cuando sé especialmente que sólo hemos vivido en verdad algunas noches inolvidables, en nuestros sueños infantiles, que mi querido amigo y hermano Gustavo Adolfo Bécquer, golpeado de pronto por la tuberculosis, no murió joven, que me ve desde allí arriba y que llegará, donde esté, corriendo desde el fondo de la avenida a lomos de un caballo blanquísimo para inspirarme en mi número más difícil.

* * *

Una noche de primavera cuando había terminado ya mi representación y recogía, apresurado, mis bastones, mis pequeñas bolas de piel y mis herramientas, porque había empezado a llover y la gente se iba, una mujer increíblemente hermosa apareció de pronto ante mí. Llevaba un negro vestido carísimo de terciopelo con pavos reales bordados en oro y guantes blancos en sus delicadas manos que llegaban hasta sus hombros. El anochecer, que caía oblicuamente sobre su velo de tul, le hacía parecerse a una de aquellas condesas hermosísimas de época antigua, de oro como se dice, que paseaban siempre a semejante hora colgadas del brazo de su marido aristócrata, o de su amante, por los muelles

del Guadalquivir, parecerse a aquellos seres etéreos que Polimnia y su diosa protectora, Afrodita de delicado cuerpo, se ocupaban de que no se perdieran jamás de la hueca memoria de los hombres y, por eso, habitan desde entonces en los versos de Góngora o de Quevedo. «Si supiese cuánto me divirtió Ud. esta noche con sus números», me dijo con su triste voz aterciopelada, «Vengo siempre aquí, a esta hora, sola, para pasear un poco y respirar el aire de libertad del que a veces me priva mi destino femenino. Para lamentar, sola, mi belleza y mi juventud perdidas. Yo también viví, sépalo, tristemente como Ud., porque mi celoso e insensible marido, después de casarnos, no tenía ni honor ni nobleza, sólo el primer puesto y los títulos de nobleza que poseía, ni ternura, ni sueños, y por eso me encerraba por las noches, siempre sola, en una habitación desnuda y húmeda de nuestra casa, antes de ir a jugar a las cartas para que no viese jamás, como decía malévolamente, un ojo de hombre mi belleza. Debía entonces evitar la tuberculosis sobrevenida, salir de mi martirio diario y de mi horrible destino y, por eso, salté una noche de invierno por la ventana trasera y me caí y me destrocé sobre las losas de piedra con el cuidado de no herir con mi caída los inocentes crisantemos y las desprevenidas, ante mis desgracias, rosas rojas, las rosas y los crisantemos cuyo cuidado era mi única ocupación por las mañanas. Hablo, señor mío, de las que florecen todavía en el jardín de aquella casa señorial en ruinas que ve Ud. distinguirse allí enfrente». Confieso que me sorprendí por la dolorosa historia de aquella criatura insoportablemente hermosa y desgraciada que se encontró

de pronto ante mí y lo único que pensé fue que no debía hablar para no ofender un pasado tan triste, puesto que no tenía, por otra parte, nada que decir. Sólo le di las gracias con una inclinación por el billete que me dio y vi que, cuando se volvió para irse, me miró con compasión otra vez con aquella mirada insoportablemente apenada de las mujeres románticas de aquella época antigua que Polimnia y la diosa Afrodita cuidan de que quede para siempre imborrable en los versos de Góngora y Quevedo.

* * *

ntonces, aquí estoy de nuevo. Un niño que envejeció de pronto tras ciertos acontecimientos imprevistos e inexplicables, ejerciendo, no sólo por necesidad sino también por convencimiento, la profesión de vendedor de pequeños prodigios, para acabar ganando al fin la fama y la estima de un payaso. La vida de los desheredados y los atormentados de este mundo es la única cosa que me emociona y me inspira y el drama diario que intento, con los materiales más débiles e instrumentos diarios, representar, me impide ser como los demás, es decir, un charlatán que busca sólo privilegios y aprobaciones. Ahora que mil batallas ocultas enfurecen en las avenidas principales de esta hermosa ciudad, ahora que no puedes encontrar nada verdadero en sus mercados, en donde se venden empaquetadas herméticamente, para que no moleste cuando aparezca su suciedad, las mentiras, ahora que enloquece la guerra secre-

ta, no proclamada, con los mercaderes de esclavos y las desgraciadas multitudes de emigrantes que se aglomeran en la playa y en las fronteras, buscando alimento y otra, como escriben los periódicos, patria, un representante del pobre teatro de la calle, un apátrida, entre tantos otros, como yo, no podría tener más elección que su preocupación diaria de cómo poder saltar el muro interior de su soledad que él mismo, tras una serie de tristes acontecimientos, construyó alrededor de su alma, no podría tener más preocupación que cómo conseguir sobrevivir, no ser derrotado finalmente por el hambre y, antes de todo, por su misma tristeza.

* * *

Estamos hechos del material con que están hechos los sueños. Sin embargo, mis propios sueños están hechos, ay, de pintura y papel como los sueños de Courteline y, por eso, se disolvieron un atardecer cuando, arrastrado por el viento de la desgracia, se perdió el papel. La única solución que tenía para escapar de esta situación desesperada de mi juvenil romanticismo enfermo fue disfrazarme, envolverme en papel pintado, ser cazado en el papel. Puesto que mi identidad, mi persona, se veía dudosa, aunque tuvieran al menos legitimidad indiscutible sus variadas representaciones, los sketches que lo atestiguan sobre el papel. Elegí entonces la solución contraria en relación a la del pintor Vermeer, el cual en una época de egotismo sin bridas abandonó su

yo en beneficio del mundo. Preferí entonces abandonar el mundo para enfrenarme a ese yo mismo, infectado por las enfermedades de la colectividad, saturado de las locuras consumistas contemporáneas. Abandoné el mundo para beneficio de un yo cazado en el papel. Como comprendéis, mi agonía, porque no era nada o casi nada, me condujo rápidamente a ser yo también una de las víctimas de la maldita trama del dios Thef, es decir, a la nada absoluta. Ahora estoy obligado, en estas representaciones que doy al aire libre, a recomponer cada día trocitos de mi existencia, a juntar su armamento, repitiendo un yo cuyo modelo buscaba vanamente en pasillos perdidos hace años, sometiéndome a mí mismo a repetir algo diferente, otra cosa. Y eso otro incomprendible, sobre lo que hablo al aire, no es más que la imagen de una nueva presencia humana, la del vendedor de pequeños prodigios y de una ausencia, mi ausencia voluntaria de un gran bazar diario de las mentiras humanas.

* * *

No había atardecido aún y el sol seguía quemándolo todo en los muelles del Guadalquivir. Era el momento más difícil. Los ciudadanos errantes, buscando agua, se habían reunido, obligados, alrededor de una fuente de piedra al aire libre que se había secado hacía tiempo. Una muchacha corría llorando en el cálido atardecer amarillo porque, un poco antes, un mendigo busca pan le acababa de robar la car-

tera, y yo, oculto desde hacía tiempo en un montón de plantas para evitar mi encuentro con los guardias, habiéndome puesto nervioso ya por saber cuándo empezaría mi representación, porque, cosa extraña, era la primera vez que tardaba tantísimo en anochecer. Ahora debía también tranquilizar mi dolor que mordía desde hacía tiempo como perro hambriento los extremos de mi abrigo estropeado. Sin presionarme especialmente a mí mismo, había conseguido otra vez aquella vieja paciencia estoica y mi sangre fría, como lo exigía mi oficio en momento tan difícil, porque había cesado ya de apiadarme de mi negro, como noche de febrero, y despiadado destino, porque ya, desde hacía tiempo, había comprendido bien que sólo se trataba de un destino común que compartía con tantos y tantos compañeros míos, por una copia fiel de la vida diaria de cada desheredado de este mundo, que clavado con los clavos de Judas a su cruz diaria o crucificado sobre su propio destino sobre esa nada que era hasta entonces, debía continuar intrépido su camino, sin esperar ayuda de nadie, siempre en el mismo desierto e incomprensible camino, en el camino de su sonora soledad, tocando tristes melodías con su violín, su guitarra o su acordeón, y siempre bajo un desesperado y oscuro cielo. Por lo que recuerdo, en esas horas difíciles no tenía nada que perder excepto el miedo. Hablo naturalmente del miedo del desempleo y de la desgracia que acompaña persistentemente al artista callejero, hablo del fusil que nos señala persistentemente a la sien, aquí, en este infierno, a nosotros los desheredados, durante estos años pétreos, sin que se oiga caer jamás, naturalmente, el tiroteo. Sin embargo, silen-

cio, silencio. Porque, a excepción de los galgos de seguridad que me persiguen sin interrupción, existen también los ciudadanos apacibles, misericordiosos y obedientes de este mundo que me buscarán de nuevo. Que me delimitarán en el momento de extender mis cajas y mis instrumentos en el muelle. Que formarán a mi alrededor un inmenso círculo para disfrutar de mi representación. Que se irán, contentos otra vez y satisfechos, habiéndome recompensado con sus aplausos y su dádiva. Que comprenderán, creo otra vez, mi drama humano. Que me ayudarán y me perdonarán.

* * *

Que olvidé en verdad y llegó el momento de hablar de los tormentos del clown al aire libre, quien, desgraciado, se pone a veces, en momentos de desempleo y para reunir a su alrededor más fácil y rápidamente al público, a llevar a término la difícil obra del acróbata. Tormentos que, quizás no lo sepáis, tienen que ver con algunos detalles insignificantes de nuestro oficio, detalles que nos mantienen con seguridad en el aire sobre el borde del abismo. Porque, en semejante clase de representaciones, debía siempre jugarme el todo por el todo, contando también con la actitud de ciertos jóvenes malévolos que proyectaban, cortando con un cuchillo la cuerda en el punto en que la había atado arriba a las ramas de dos árboles para que el número fuera más impresionante, derribarme en el instante en que pedaleaba

sobre ella y sobre la multitud silenciosa, sosteniendo para mi equilibrio un tubo. Recuerdo incluso un caso antiguo con una vieja mendiga desmelenada que se arrojó de pronto a la multitud y, no se sabe cómo, encontró fuerza y los golpeó salvajemente con su bastón, insultando a los vagabundos, poco antes de que completaran su torpe empresa y yo me cayera al suelo. Puedes enfrentarte a todo, entonces, en este maldito oficio de payaso: al miedo diario de la desgracia, tras una caída instantánea de la cuerda, a la péfida humedad tras una repentina lluvia a cántaros, a la sensación de pánico que sentirás una noche cuando entiendes que ya envejeciste y no podrás hacer los difíciles números del acróbata y las voltaretas de Fasulí, a ciertas dosis de deber metafísico o de vértigo cuando te clavan como cuchillos, en el momento más difícil, decenas de miradas estupefactas, a la péfida envidia del corporativista, al continuo desempleo durante los helados días del invierno, incluso también a la perplejidad cuando despiertas tras el mismo sueño repetido y confirmas con asombro que nada de eso sucedió finalmente, que la cuerda y tus instrumentos están allí enfrente, en el rincón, en tu baúl, y que tu sueño no fue más que una típica pesadilla provocada por la creciente angustia profesional, como te dirían, sonriendo con gestos, los psiquiatras y psicólogos contemporáneos .

Pero ¿cómo enfrentarte tú solo, en una habitación helada de un mísero hostel, a las noches interminables de invierno, a tu más difícil rival, a tu yo mismo real, a la péfida Erinia, tu conciencia, cuando transformada en perro rabioso te alcanzará de

pronto gruñendo en el espejo, y te tirará del brazo cuando, impotente, te destiñes, para salvarte, como se supone, de tus viejos remordimientos y culpas?

* * *

Estoy sentado, desde hace tiempo, en el último escalón ante la iglesia de San Pedro y finjo zurcir, con una aguja sin hilo y con lentos movimientos teatrales, mi levitón mil veces usado y destruido por el tiempo. Como los desocupados y los mendigos, es natural que yo también posea cierta patente como noble representante de lo absurdo que soy; hablo del sitio que, por derecho y tras luchas, he acaparado desde hace tiempo, exactamente aquí, en la parte derecha baja de la escalera de mármol de este templo insigne junto al alto cerco de piedra. Ha dicho alguien, cuyo nombre no recuerdo, que las ropas que vestimos expresan nuestra situación anímica en un momento determinado, pero yo encuentro que la frase es válida solamente para los hombres naturales. Desde el momento en que un desgraciado como yo intenta sobrevivir haciendo unas veces de acróbata y otras veces el corporativista, la manera de vestir deja de ser un reflejo temporal del paisaje de su alma dolorida y se convierte en símbolo de su persistente tristeza y de su continua protesta por la injusticia social y la desarmonía que reinan en este desdichado mundo. La exteriorización de toda desagradable situación, incluso con sencillos gestos, es también una forma de arte y ninguno de

los paseantes, que pasan apresurados y me miran con sentimientos mezclados, podría negar que mi levitón destrozado por el tiempo no es un poema perfecto. Quizás algunos de ellos piensen que utilizo el levitón como abrigo real, sin embargo, el hecho de que sus cerebros están al uso significa que han hecho ya la distinción entre la realidad de mi existencia atormentada y el arte que por convencimiento represento, infravalorando evidentemente la segunda y desconociendo la diferencia que existe entre la situación del poseedor de este trapo y la del triste payaso que no dejó de ser este hombre y que, desde hace años, sueña con el momento de vestir un abrigo real, aunque sea de segunda mano. Pero ¿qué sentido puede tener para la multitud de transeúntes el laberinto de esta hipótesis lógica que, de vez en cuando, atormenta a mi cerebro cansado de los combates diarios? Independientemente de mí y de mi voluntad, un abrigo de lana, aunque de segunda mano, es un abrigo de lana que tiene su coste. Independientemente de mí y de mi voluntad, mi levitón continúa destruyéndose irremediabilmente por el tiempo implacable. Independientemente de mí y de mi voluntad los desocupados y los mendigos en las escaleras de San Pedro aumentan día a día y, donde sea, correré el peligro de perder yo también mi patente, la injusticia continuará, lo veo, reinando sobre el mundo y el sol seguirá brillando indiferente y majestuoso sobre el Guadalquivir como brillaba también ayer, como brillará, si no llueve, mañana.

Qui esfera privada es la escena en donde se interpreta diariamente mi comedia personal y mi drama individual en sus múltiples acepciones y de acuerdo con el microcosmos de mis temas vulgares. Existo en las diferentes variaciones de una y la misma representación, de uno y el mismo papel, del corporativista o del payaso que represento sin protestar cada día, pero no tengo nombre, no tengo sentido, porque no tengo, sencillamente, nada que decir. Sin embargo, estaréis de acuerdo, creo, vosotros también, al menos en esto, que la necesidad de alguien que quiere hablar de cualquier forma, que quiere expresarse, se vuelve más imperiosa cuando no tiene nada importante que decir, como exactamente su deseo de la vida se vuelve más imperioso cuando su vida busca desesperadamente el centro perdido. Esto tuvo como resultado, en lo que se refiere al caso de mis representaciones diarias, que su teatralidad se reduce a un puesto de segunda relevancia, visto por mí como una forma de superación suntuosa, para prever la búsqueda ansiosa de ese centro perdido y mi necesidad absolutamente imperiosa de asegurar mi existencia a través exactamente de esa búsqueda.

Viene de vez en cuando a mi cabeza una escena relativa a todo eso, que apenas sugerí, sobre lo paradójico, con un actor ambulante contemporáneo, de una surrealista representación mía completamente provocativa ante un bar de Triana. La multitud se había reunido desde hacía tiempo para ver la representación con un maniquí de hombre que se revestía como un auténtico Don Juan, exponiendo su cuerpo completamente desnudo y teñido

suavemente del color de la carne sonrosada, frondosa, y en una pose que no dejaba duda alguna de su provocación. Había decidido exponer mi propio cuerpo, proponiéndolo como copia del más famoso cuerpo varonil que nunca vieron la luz del sol y los ojos de las mujeres en este mundo, de un cuerpo que ya no quería decir ni dar nada, el cual había hecho sencilla y repentinamente su aparición en la parte más céntrica de Triana para ejercer sobre la multitud de mujeres reunidas y de espectadores su lánguida influencia. No os puedo describir la reacción de la gente y especialmente de algunas jóvenes muchachas y muchachos homosexuales, que, sin avergonzarse en absoluto, se inclinaban a ver si era realmente mi ropa pintada, a mirar el tejido de mi epidermis frondosa, el pelo del pubis que sobresalía provocativamente, el pelo frondoso de mi pecho, el hecho de que lo hacían todo para ver y tocar principalmente con sus dedos todos los puntos conflictivos de mi cuerpo en el momento en que no había nada en realidad. Algunas muchachas empujadas por los muchachos intentaban especialmente, con el riesgo de tirarme al suelo, tocar mis ojos completamente verdes e inflamados de deseo para verificar su húmeda realidad, lo que naturalmente no obtenía ningún resultado porque lo impedía con mis manos. La exposición de mi cuerpo desnudo no sé si engañó finalmente al ojo del hombre. Cuantos conocen el arte de la producción de un engaño óptico, como yo, saben mejor que nadie que el regalo del engaño es la sorpresa del instante, la alegría inmediata de la conjetura. En lo que se refiere al caso de mi empresa, presentar a la vista

pública el cuerpo desnudo del mayor conquistador de mujeres del mundo, debería acentuar que mi éxito se debía sólo a la técnica particular mediante la cual conseguí mostrar todos los signos de la semántica, olvidada hace tiempo, y parasemántica de ese símbolo eterno. No quedaba más, para la multitud enloquecida de muchachas y mujeres que se lanzaron gritando de alegría sobre mí, que la sombra de una ilusión detrás de la verosimilitud de mi carne encendida por el fuego del sol ardiente de la tarde. Exactamente porque no había nada que ver, las muchachas se acercaban chillando a la pequeña mesa en donde yo posaba, exaltadas también, se inclinaban y olían las pequeñas gotas de sudor en mi piel, que les recordaban ciertos momentos conocidos de fuerte pasión erótica y de vehementes abrazos de sus ídolos con alguna hermosa condesa de aquella época, y gozaban sólo con la idea de esa ilusa y, sin embargo, sorprendente semejanza mía con el eterno prototipo erótico varonil. Se acercaban para ver una sola cosa: la copia fiel de un cuerpo que hacía aún más hermosos sus sueños en absoluto impuros, una imagen en la que finalmente no había nada real que ver.

Para resarcirme del tormento de dos horas de mi postura en pie y para cubrir los gastos que había hecho para comprar los colores y el tinte de mis cabellos, por las necesidades de esta representación, había colocado un pequeño cartel de cartón en los pies delanteros de la mesa a la que me había subido. En él estaba escrito: «Por la noche, cuando regreséis para bien a vuestra casa, si no esperáis a vuestro marido o a vuestro amante, dejad una moneda en el

alféizar de la ventana y, si tengo tiempo, ¡puede que os visite! Vuestro para siempre: Don Juan Tenorio».

* * *

Un hombre que por necesidad o convencimiento decide exponerse a la vista pública para transformar en arte la perseverancia con la que soportaba y soporta las desgracias, las miserias de la vida y el hecho de que constituye una lacra, da frecuentemente a la multitud la impresión de cierto desheredado y derrotado por su misma vida, de alguien destinado, con matemática exactitud, a la desgracia, de alguien que, resistiéndose a los golpes del destino, depuso una noche las armas y pasó a la invisibilidad. Observándome en el momento en que me quitaba con lentos movimientos el tinte de mi rostro en el cristal, una noche, descubrí de pronto a un hombre estúpido, un romántico pasado, que había sido engañado por la vida, un decadente pintoresco cuya única inclinación era su inclinación a la desgracia, y concebí con miedo que, bajo la mascarilla del clown, mi piel se había quebrado y alterado. Cuanto más intentaba representar con detalle la historia de mis tormentos de Job y de mis privaciones, tanto más se desvergonzaba mi cinismo y mis ilusiones. Era en verdad un hombre extravagante, un hombre que lo había negado todo, sosteniendo como última esperanza la esperanza de la fama que un día conseguiría entre los desheredados y los atormentados de esta ciudad tan hermosa y tan inhospitalaria. Sin embargo, no

conseguí aún apartarme del martirio del destierro interior que amenaza diariamente la vida del artista ambulante por convencimiento. Confirmé qué fácil es adaptarte al ambiente de tu desgracia, considerar que finalmente estabas dotado para ella, a idealizarla como hicieron los poetas románticos del siglo pasado, a disfrutarla cuando viene y se roza durante las noches con tus pies como un perro fiel. Confirmé incluso que mis arrepentimientos, cambiar y buscar yo también un trabajo natural, como tantos y tantos otros, duraban como mucho una semana. Consideraba completamente natural el hecho de que, a partir del instante en que me había abandonado voluntariamente al destierro, debería llevar conmigo cada día mis instrumentos y el naufragio de mi corazón, y dar la batalla por la supervivencia como tantos otros sin techo y apátridas, vendiendo diariamente a los transeúntes, en calles céntricas y parques de esta hermosa ciudad, mis pequeños prodigios. No es fácil, en casos como el mío, en donde todo se mueve diariamente en la luz gris y débil, encontrar islas de alegría y algún punto de satisfacción en una atmósfera tan cargada de miseria, en un ambiente siempre cargado de negatividad en donde se destruye fácilmente la materia de las emociones más verdaderas y profundas y lo único que queda es la reserva de la desgracia. Dotado entonces para la desgracia, comencé a familiarizarme con el ambiente del destierro interior y a no considerarlo, pues lo hice al principio, como la negra lápida que aplastaba las noches de mi alma. Descendiendo, ángel negro del infierno terrenal o de la vida de los atormentados de este mundo, que cada vez que intentaba huir

de él sentía que el suelo cedía bajo mis pies y me hundía en él hasta lo más profundo. Mi sufrimiento inmerecido y mis dolores que, entretanto, habían crecido, me habían colocado en su centro, como su típico representante. Perseverando cada día en el anonimato, había aceptado desde hacía tiempo mi mediocridad, pensaba mitificar mis derrotas todo lo que pudiera, cuando las representaba y las disfrutaba. Estando absolutamente de acuerdo con mi pesimista idiosincrasia artística, preferí coger mi sitio entre los derrotados universales de este mundo, haciendo sacrificios, diariamente y según el caso, unas veces a la tristeza y la desesperación y, otras, al humor diacrítico y al sarcasmo.

* * *

He entendido hace tiempo que todas mis pequeñas felicidades diarias se deben a mi capacidad de revestirme de diferentes roles, de cambiar con comodidad de máscara de vez en cuando, de ponerme la mascarilla de cualquier otro yo mismo fantástico o real. Como cada forma de representación artística es siempre diferente, algo que no tiene memoria, en cuanto fenómeno, se dirige finalmente como creación del instante a la memoria humana y, mediante ella, renace.

Por eso visto de ordinario una mascarilla pintada, a veces cómica, a veces monstruosa o seria, no sólo para impresionar a mis espectadores sino también para ocultarme de la realidad, para que no

me encuentren completamente sin estar preparado y me sorprendan los hechos. Porque ¿quién puede prever qué le sucederá al momento siguiente o describir con detalle cuanto le sucedió ayer? El tiempo, en nuestra época, se mueve tan rápidamente, se hace pasado tan rápidamente, que, antes de que alcances a recordar algo, ya lo ha cubierto el negro velo del olvido. Sin embargo, de pronto recuerdas. Recuerdas más fácilmente los hechos que señalaron tu vida, tus años de miseria en la despreocupación de tu juventud o de la bohemia revolucionaria, como se suele decir aquí, aquellos años míticos que se perdieron irrevocablemente, en hostales baratos y trenes, en sueños y visiones utópicas de estudiantes «para la completa subversión del orden instituido de las cosas».

Recuerdas, por ejemplo, las interminables señales de fe y de asistencia que enviabas a escondidas, por las noches, a Rosa Luxemburgo y a Karl Liebknecht, un poco antes de su ahorcamiento, sin esperar naturalmente obtener ninguna respuesta. De ordinario, sobre la mesa de mi habitación de estudiante, estaba abierto un pesado tomo de piel del *Capital* o el incomprendible y pesado *Doce Brumario* de Ludovico Bonaparte. Me esforzaba entonces en convencer en vano a mi amiga Teresa que me visitaba por las noches, vistiendo unas medias rojas a cuadros, de que allí dentro estaba todo, de que había incluso la previsión sobre el futuro de nuestro joven amor, pero afortunadamente no me escuchó y, dos años más tarde, puesto que ya se había cansado de mis historias románticas con las previsiones, me abandonó para casarse con un empleado de aduanas, dejándome

desesperado y solo con dolores de cabeza por las noches, charlando, hasta el amanecer, sobre lo inexplicable de su decisión con Carlos Marx. Pero es hora de poner cerrojo al hórreo carcomido de la memoria, puesto que no existe ya piedad por los desheredados de este mundo, es hora de recoger mis instrumentos y los vestidos gastados de esta vieja historia y volver a tomar el camino del regreso. El reloj del imponente campanario tocará, donde sea, las horas perdidas de mis vanas ensoñaciones, de los momentos más hermosos de aquel viejo buen tiempo, cuando todos cantamos la Internacional y sosteníamos con pasión que, en pocos años, nos haría justicia la Historia, pero ninguno de los clientes que quedaban alrededor del café podría, lo sé, creernos ahora. Por lo demás, sucedieron desde entonces tantas cosas que, en un vuelta brusca de la Historia, llegamos a la siguiente paradoja: todos dormitando en los cafés de la famosa calle Serpes y un payaso subido a una mesa, envuelto en sus ropajes, cantando, infatigable, viejas canciones revolucionarias, y la Internacional, e intentando en vano revivir el pasado histórico, repitiendo sus características muecas, párrafos de viejos documentos de la Guerra Civil española.

* * *

La noche había extendido sus negros velos sobre la fortaleza y los inquisidores, puesto que anteriormente habían informado de mi caso al Príncipe, subían en procesión, huraños y con rostros verdes de bronce, la

gran escalera de piedra que conducía al patíbulo de madera. Yo, atado desde hacía tiempo a su base, había comenzado a temblar y murmurar algunos párrafos conocidos que había aprendido de memoria de la Biblia para salvación de los atormentados de este mundo, que iban a heredar un día, como se dice, el reino de los cielos, porque sabía que se acercaba el momento de mi ahorcamiento, tras una parodia de juicio con un procedimiento resumido que terminó, de manera totalmente inexplicable, con la decisión de mi condena a muerte. La acusación era breve y muy poco clara en la mayoría de sus puntos. Debía, por principio y de acuerdo con la legislación válida sobre obligaciones y derechos de los ciudadanos del principado, ser castigado a la pena de muerte y conducido a la horca, porque durante años había abusado de mi derecho a la fantasía, negándome a pagar al servicio competente el impuesto de herencia correspondiente a mi caso. Pero nunca entendí de qué impuesto y de qué herencia se trataba. Mis acusadores, dos soplones que servían en la guardia personal del Príncipe, sostuvieron que en los últimos tiempos, en mis representaciones públicas, había introducido ciertas novedades inaceptables, teniendo como principal fin el ejercicio de una influencia sistemática en las costumbres políticas de la corte y la influencia de la plebe con proclamas revolucionarias y recitado de algunos versos políticos prohibidos. Sostuvieron, entre otras cosas, que, mientras antes era un formidable payaso, ahora, en los últimos días, me había desviado peligrosamente de cuanto estaba previsto por la ley respecto a mi función teatral, que existían testimonios fundados de mi filiación al grupo de opositores políticos y enemigos jurados del

Príncipe y que las ideas sobre la libertad y la justicia que utilizaba en mis proclamas eran subversivas y ficticias. Se habían presentado en el tribunal, decían, para cumplir, como habían jurado cuando se hicieron miembros de la guardia de su Excelencia, su deber de servicio y me acusaban de peligro confeso y de individuo anárquico, que actuaba más allá de la escena, que intentaba minar con el arte el poder y derribar, en colaboración de otros parecidos, al Príncipe, con el fin de implantar un régimen armamentista. Esperé en vano, durante horas, que se produjera el milagro y que el mismo Príncipe se apresurara a interesarse por el caso de su querido payaso. Sólo entonces comprendí que su Excelencia era igual que sus tiránicos predecesores, que habían azotado hasta la muerte y encarcelado repetidas veces por faltas insignificantes a mis maestros. Pero de un hombre tan excéntrico como Calígula, de un hombre tan maníaco y sediento de sangre como Nerón, ¿cómo se podría esperar indulgencia y gracia? Yo estaba totalmente convencido de que la magia de mi arte jamás había encontrado la potencia de tocar en profundidad su alma oscura y que las muestras de alegría y entusiasmo del mismo Príncipe y su corte, tras el final de cada representación, no significaban otra cosa que un fisiológico estallido tras interminables horas de vida libertina, de tedio y de aburrimiento. En cuanto al público de los diferentes hartos de la vida que se interesó, empujados principalmente por la curiosidad, en seguir mi juicio, deberé decir que finalmente se comportó enteramente desvergonzada y frívolamente.

Cada vez que mis acusadores repetían la palabra muerte, se apresuraban con exclamaciones y aprobaciones a estar de acuerdo, abandonándose a los baratos disfrutes del instante que regalaban las formas retóricas que utilizaban los jueces y mis acusadores. Cerré mis oídos cuando, al final, en medio de aplausos, exclamaciones y aprobaciones, se comunicó mi condena a muerte. Se trataba desgraciadamente del mismo público que se movía despreocupado en mis representaciones divinizándome al final exactamente con las mismas explosiones de alegría, de humor desorbitado y satisfacción.

Sin embargo, para un observador frío y conocedor de cuanto sucedía últimamente dentro y fuera de la corte del principado, la indiferencia que mostraba el Príncipe por mi asunto debería considerarse completamente natural, si realmente se sentía, como escuché decir, profundamente desencantado, humillado y herido por los dardos envenenados de mi sátira. Porque, realmente, había estigmatizado muchas veces la crueldad de sus recaudadores de tributos y de los odiosos dignatarios que se lanzaban de vez en cuando a quemar las casas de aquellos pobres conciudadanos míos que no tenían para pagar los impuestos. Pero la acusación de los lacayos del Príncipe se basó principalmente en un hecho que, a primera vista, parecía fantástico o poético, pero que no era en realidad más que el producto de una fantasía indudablemente enferma. Sostuvieron que había expoliado con dos compañeros míos, a los que buscaban hacía un mes, el histórico monasterio de Santa Ana y que había quitado de un cuadro las grandes, cortadas por la Santa Inquisición, alas de

los ángeles de Doménico Theotocópulos, ocultándolas con cuidado en una caja vacía de violín para que no la olisqueasen los perros lobos de la guardia del Príncipe. En realidad, sin embargo, todos esos sucesos dramáticos se habían desarrollado en un sueño de pesadilla que tuve, durante bastantes horas, tras la persecución que me hicieron los camareros de la calle Sierpes, los cuales creían que mi gráfica figura de clown y mis gestos provocativos molestaban a los clientes del bar y a los transeúntes que pedían insistentemente un espectáculo más interesante y moderno para pasar sus noches y matar su aburrimiento. Dos horas después de mi ahorcamiento, me encontré caminando solo por un largo camino polvoriento que me llevó finalmente a la puerta de un hostel medieval de una pequeña ciudad del Sur, en donde no había un alma sino únicamente un jorobado barbudo y esquelético, por el hambre, que, como después me confió, soñaba cuando era niño con ser maestro de orquesta en la corte del Príncipe pero fracasó en la entrevista y se quedó, tras contrariedades de muchos años, cambios alternativos de señores, encarcelamientos por líos y extravíos, sentado ahora, anciano sin hogar e indigente, ante esta posada, tocando para los viajeros solitarios y cansados sus tristes mazurcas. «¿Lo ves?», me dijo con una sonrisa enigmática y amarga y me enseñó un viejo violín reparado, «lo compré a buen precio a un instrumentista ambulante que arreglaba instrumentos musicales. Estaba casi deshecho pero, con su experiencia de tantos años, consiguió, como me dijo, reconstruirlo. ¿No te parece completamente nuevo?» Sin contestarle, lleno de curiosidad y sor-

presa, reconocí, por ciertos símbolos característicos que yo había rayado en él, que se trataba del violín que me había regalado el mismo Príncipe por su trigésimo cumpleaños en uno de sus raros momentos de expresión de su generosidad, para honrar, como me había dicho literalmente, mi indudable talento musical y mi gran arte cómica.

«¿Escuchas?», me volvió a decir el anciano mirándome otra vez con la misma sonrisa enigmática.

«Escucho», respondí, sorprendido aún y perplejo. Lo escuchaba hace años tocar exactamente las mismas mazurcas en mis irrealizables sueños infantiles. Y, cuando me disponía a entrar a descansar en la posada, vi con terror que, desde el fondo de la calle, venían sobre mí, uno a uno, los perros lobos rabiosos de la guardia del Príncipe, habiendo olido quizás, de lejos, que algo peligroso para su poder guardaba otra vez en la caja vacía del violín que llevaba desde hacía tiempo en el hombro.

* * *

No existen dos payasos que se parezcan en este mundo en donde la alegría escasea y la tristeza abunda. Que te pongas una máscara y que te vistas de un papel exige un poco de tiempo y algún talento. Ser sin embargo único en tu especie habiendo sobresalido en los papeles mudos no es fácil en absoluto. Especialmente en estos años difíciles en los que nuestro arte declina continuamente. Sin embargo, intenté, como ya sabéis, sobrevivir y si-

tuarme a la altura de las circunstancias, ocupado en todas las clases de comedia, algo que no era fácil en absoluto, puesto que estaba obligado a ejercer, casi mendigando, el inseguro oficio de payaso o de vendedor ambulante de pequeños prodigios, como prefiero decir con cierta dosis de amargura, por las calles, por las plazas y en los parques de esta mítica ciudad.

Antiguamente, me conocíais como loco del Príncipe y del rey, porque sólo regalaba mis servicios dentro de la corte, ya que me estaba prohibido salir y divertir a la multitud en plazas y ruinas. Mi profesión, de las más antiguas en su clase como la institución de rey, era hacer a su Excelencia divertirse diariamente y reír, calmando su negro aburrimiento, mientras poseía el permiso, cuando las cosas dentro y fuera de su corte no iban demasiado bien, de poder acercarme y murmurarle al oído algunas verdades amargas. Todos en la corte me conocían por mis anécdotas, los dardos envenenados de mi crítica, mis farsas y mis bromas y cuando, de pronto, hacía aparición en la sala de las recepciones, inmediatamente me reconocían por mi levitón abigarrado con las campanillas colgadas, por mi capucha, por mis orejas de burro y por mi cetro pasajero que, a veces, tenía en su extremo una cabeza de algún loco y, otras, de una mujer hermosa. Mi nombre y el lugar de mi nacimiento, entonces, no tienen ninguna importancia. Podéis imaginad que nací un día en el extremo de un negro bosque del norte, de padres cortadores de madera, en una cabaña hecha de ramas de árboles, de paja y barro, a donde es posible que vuelva pronto para morir. Lo único que tiene

quizás para mí una importancia simbólica son ciertos detalles insignificantes de mi edad infantil y de mi biografía que me permitieron, tras muchos años, hacerme heredero de las tristezas de los privados por naturaleza de este mundo como yo, sino también de todos los ángeles caídos. Soy entonces el que irá eternamente de metrópolis en metrópolis, de poblado en poblado, de pueblo en pueblo, vendiendo por nada a los transeúntes sus pequeños prodigios sin poder ganar nunca un lugar suyo, sin conseguir encontrar una morada segura. ¿A dónde ir entonces? Y ¿de dónde vengo? Alguna vez termino en un hostel barato o, cuando el tiempo es bueno, acampo de improviso bajo un puente. Pero una mañana, rápidamente, vino a despertarme mi destino gitano, recojo mis cosas y me voy.

Y sólo una vez cuando nieva en la ciudad y me vienen a mi nariz los olores de los asadores de castañas de la plaza de San Pedro, una extraña nostalgia me inunda, una sensación como de querer tirar el carrito de paño con mis instrumentos al Guadalquivir, arrojar mi gorra y mi cetro al aire y volver a morir allí, en el negro bosque del norte en donde nací.

* * *

Las cosas humanas, dice Séneca, no están ordenadas tan irreprochablemente que gusten a la mayoría y la plebe, hoy, con sus vulgares modelos consumistas y sus gustos es la confirmación de la peor elección. Sus baratijas de mal gusto son la única cosa

que sobrevivirá de nuestros días. Todos desean vivir una vida dichosa, pero cuando se trata de diagnosticar qué es lo que hace sus vidas pesadas y llenas de un aburrimiento insoportable, inmediatamente se pierden, se ciegan y... acuden a mí. Pero no es fácil para un pobre clown, en una época que regala sólo imágenes de su decadencia acelerada, sacar cada día conejos de su manga y lirios de la encina. En la mayoría de mis representaciones visto la conocida, clásica vestimenta de payaso. A veces, sin embargo, cuando cambio de repertorio, me visto de Judas que vuelve al lugar de la traición con la soga atada todavía a su cuello para encontrar las treinta monedas de plata tiradas, a veces me visto de inquisidor que condena día y noche al libertino Casanova o a Don Juan. Mis dos penetrantes ojos azules, mi redonda nariz pintada, la inflexibilidad de mis zapatos puntiagudos, mis orejas de burro, mi abigarrado levitón, mis gestos y mis ademanes, consiguen que los mayores se impresionen y se partan de risa de vez en cuando y que los niños pequeños enloquezcan los fines de semana.

Nuestra época, sin embargo, sólo se satisface con las imágenes de su decadencia acelerada y prefiere ver a los clásicos en dibujos animados y leer a Don Quijote en paráfrasis. Mi arte, un pequeño temor contrario a la decadencia de la época, se inspira en lo percedero y en lo percedero reina. De todas las glorias, la gloria del payaso es la más anodina y la más efímera. Cuando la excavación arqueológica busque un día los «monumentos» de nuestra época, no existirán ni mis muecas ni mis gestos. Quizás lo único que encuentren los arqueólogos y los

especialistas en temas de arte serán mis orejas de burro petrificadas y las cadenas desarticuladas de mi levitón.

Las alas en la cabeza de Asterix desplazaron hace tiempo mi cetro tradicional y veo con pena que los ociosos lo consiguieron estupendamente y mejor que yo, representando a los que sufren inmerecidamente y a los ciegos en las plazas y fuera del teatro. Hoy no basta ya con ser un soñador, trabajando como yo, bajo la débil luz de la pobreza con el material de los más inocentes sueños infantiles y de las cosas más vulgares. O serás absolutamente soñador, habiendo sacado un pie fuera de la Tierra para poder vivir en ella poéticamente, o bajarás cada día vistiendo tu fría sonrisa profesional al mercado donde se venden las mentiras y comprenderás orgulloso tu sitio determinado entre los vendedores. He comprendido desde hace tiempo que el misterio de mi vida, que se oculta cuidadosamente detrás de mi máscara, mientras emociona y agrada a los niños pequeños, sorprende siempre y pone melancólicos, hasta cierto punto, a los mayores. Quizás porque avanza siempre sugerente frente a ellos con la negra soledad inflexible y mi insoportable tristeza, en los momentos en que intento mostrar el regocijo, lo absurdo y la ligereza de la vida contemporánea, y lanzar mi débil luz al misterio que inexplicablemente los hiere un día a todos y los asusta. Por eso, los escucho con satisfacción diciendo a veces que la tristeza que habita en el alma de un payaso es la más noble tristeza humana y, quizás por ello, la más sugerente.

Ea noche, como bailarina de flamenco, balanceaba su cuerpo de ébano sobre el Guadalquivir. Sus manos tenían la forma de un puente de piedra que unía las dos orillas de mi insegura existencia. Sobre este puente, que desde hacía tiempo se había perdido en la niebla y que los automóviles hendían a gran velocidad con sus luces amarillas encendidas, no había nadie, excepto yo, el único payaso que caminaba encorvado y envuelto en mi levitón para evitar el frío.

Al apresurar el paso, sentí subir dentro de mí una intensa sensación de impotencia y, cómo decirlo, de vanidad y renuncia de las cosas de este mundo, que me aplastaba el corazón. Siempre tuve la sensación de que era extraño en esta ciudad cuya belleza habían cantado los poetas románticos. Y, sin embargo, cosa extraña, los cantos de las ranas bajo los arcos intentaban otra vez traerme a la realidad y convencerme de que nunca estamos solos en este mundo. Era para mí una de las noches más difíciles y melancólicas de diciembre, porque, al regresar sin blanca, desencantado y cansado, a mi hostel, habiendo vuelto no se sabe de dónde, me sucedió algo inesperado. Cuando dejaba detrás de mí la última farola del puente y me disponía a tomar la acera izquierda de la gran avenida, escuché una risa ensordecedora y me quedé estupefacto un momento cuando me volví y vi que no había nadie detrás de mí.

Volví un poco más atrás y miraba cuidadosamente alrededor, incluso bajo el puente. Ni un bote en el río ni una barca, sólo las ranas ociosas que continuaban su consolador canto, para mí. Caminé bastante hasta llegar cerca de la plaza de la Maestranza.

Había pasado, hacía tiempo, la medianoche y en las calles, por el frío penetrante, no había un alma. Sevilla, que nunca dormía todo el tiempo, había bajado ya todos los estores de los bares, de los cafés y de los centros nocturnos de diversión y se había metido hacía tiempo en su cama. Me disponía a hendir un pequeño bosque cuando escuché de nuevo la risa a mis espaldas, un poco menos fuerte esta vez. Era como si bajase del techo de madera de un palacio en ruinas que conocía porque lo habían cogido y lo utilizaban como alojamiento ciertos portorriqueños sin trabajo. Me detuve un poco, inmóvil. Desde el palacio, que estaba hundido en la oscuridad, no se oía el más mínimo sonido. La risa se había debilitado, pero ahora la escuchaba salir de mis entrañas. Escuchaba latir mi corazón más fuerte incluso que antes. Observé que esa risa debilitada que salía ahora de mí no tenía ningún rasgo de ironía y agresividad. Sin embargo, además de todo eso, me hacía sentirme extraño porque era una risa casi natural y, por lo que había parecido hasta el momento, amistosa. Comencé a pensar en el caso de la manifestación de los primeros síntomas de mi locura, porque había leído, muchos años antes, el *Diario de un loco* de Gógol y recordaba algunos síntomas parecidos que me habían impresionado, pero inmediatamente lo desechaba porque no liaba en mi cabeza los días y los meses como el héroe de la novela y nunca había escuchado hasta ahora que murmullos y voces extrañas salieran de mí.

En un cuarto de hora, casi me había tranquilizado porque, al acercarme a mi hostel, ya no escuchaba nada ni detrás de mí ni dentro. Dudé, sin embar-

go, cuando me acerqué a la puerta del hostel para abrirla y subir la escalera rápidamente porque tenía la falsa sensación de que oiría una fuerte risotada detrás de mí que me pondría ya en serias sospechas de que había enloquecido. Preferí volver hacia la parte del río con los grandes muelles de piedra en donde sería fácil, porque tendría tras de mí un espacio abierto, poner a prueba la situación en el caso de que volviese a escuchar la risa. Afortunadamente, sin embargo, todo había terminado favorablemente porque no sucedió nada. Regresé, desconcertado todavía, al hostel, subí rápidamente a mi habitación, me fumé todos los cigarros que me habían quedado y, cuando comprobé que había cerrado bien la puerta y las ventanas, caí inmediatamente aniquilado por el sueño. Había amanecido hacía tiempo cuando, de pronto, me despertaron unas fuertes risas. Me levanté mucho más desconcertado y abrí la ventana. Era el conocido joven frutero que bromeaba intercambiando cumplidos con su primera cliente. Volví a cerrar, tranquilo esta vez, la ventana y apenas encendí un cigarro sentí de nuevo que la risa empujaba mis entrañas queriendo salir con fuerza de mi interior. Pensé inmediatamente que debía mantener mi sangre fría y entré rápidamente al baño. Me lavé la cara con lentos movimientos para poder pensar en mi paradójica situación con el cerebro limpio y, cuando observaba los negros círculos de mis ojos en el viejo espejo, por primera vez desde hacía días, sonreí a mí mismo con un gesto, porque pensé que no era nada más que un payaso insignificante que, cuando las cosas no le iban bien, era natural que se apiadara y se burlara de sí

mismo. Por eso, la risa que había escuchado en el puente no era más que un eco de lo que salía de mi interior no probado, burlesco y subversivo.

* * *

Somé exactamente mi decisión definitiva de vivir con nada, desviándome de las convenciones de mi época, cuando todos mis intentos de digna pervivencia habían terminado en nada. La miseria, que era la característica principal de la vida abierta de los sintecho de esta ciudad mía, se había convertido desde hacía tiempo en mi pesadilla diaria y persistente. Pensé que la única manera de enfrentarme a ella era encontrar la forma de representarla artísticamente, de vestirla con sus ropas reales, de hacerla el tema principal de mi expresión creativa, puesto que constituía casi siempre el lado más interesante de mi biografía. Había cortado, hacía tiempo, toda atadura que me uniera a la familia, a mis amigos de infancia, a mi dignidad herida por diferentes hechos de mi desordenada vida. Y, sin embargo, no estaba aún totalmente castigado. Había a mi alrededor otros castigos y desgracias más abismales que el mío. No sería exagerado hablar de un acuerdo de castigos, si quisiera ser exacto y justo, en mis descripciones de la vida de los apaches de esta ciudad. Es posible que hubiese encontrado cobijo envolviendo mi cuerpo en periódicos para defenderme de la helada nocturna o de la humedad, bajo los puentes de la ciudad cuando el tiempo

fuera suave y menos húmedo por las noches. Pero eso, como comprendí más tarde, era sólo una manifestación romántica de mi anárquica ideología, algo así como el juego anticonformista de algunos niños ricos que preferían dormir bajo los puentes con el pensamiento de que así se opondrían mejor, como me decían, a toda forma de poder. En esencia, no había dado aún el gran paso de atravesar la frontera que me dividía del antimundo de los desheredados, porque no había hecho de su miseria mi tema principal, sólo empujado por una cólera indeterminada ante lo socialmente condenable y podrido y ante lo que veían en nuestros días socialmente aceptable y dentro de las reglas. En el momento en que decides vivir al margen el resto de tu vida, todo cambia inmediatamente. A tu vida aventurera y atormentada llega de pronto el cambio. Comienzas a construir modos de cómo podrías conservarte, mucho o poco, con dignidad sin acudir a los conocidos artilugios de toda clase de aventureros y mendigos. Entonces, mi problema era, no cómo sobrevivir como fuese, sino cómo sobrevivir dignamente y sin traicionar la estrella del desvío que iluminaba un día el camino de mi adolescencia. Mi conciencia que, hasta ayer, se definía por un marco de acuerdos urbanos y teorías utópicas del mundo contemporáneo, comenzó poco a poco a abrirse al antimundo de los desheredados que encontraron refugio, como yo, unas veces en los bancos de los parques, otras veces bajo los puentes y principalmente en las casas ruinosas de los pobres y mal afamados habitantes de la ciudad. Cuando entraba en contacto directo con ellos, comenzaba a familiarizarme con sus diarias contra-

dicciones, con los juegos que les jugaba el destino, y a confirmar lo trágico de su vida infernal, que el buen ciudadano contemporáneo prefiere desconocer, para tener su conciencia tranquila. Si me conduje finalmente a la decisión de identificar mi destino, el de un pobre Lazarillo, con el de ellos, no se debía a una maquinación para asegurar más incluso, en mi desgracia, mi orientación anarquista, sino a una elección consciente. Quería compartir, a cualquier precio, con esas existencias humildes la forma de su vida desviada, la tristeza plena, poesía, autenticidad y desgracia. Así, concebí la idea de empezar a transformar en arte lo que se relacionaba con las miserias de sus indefensas vidas y los abismos de sus existencias. No era la desnudez de las paredes del pobre hostel en donde me quedaba, ni mis ropas estropeadas por el uso de tantos años, ni la pobreza y la suciedad de ciertos garitos de la ciudad baja que había visitado tantísimas veces cuando llegué por primera vez, no era eso lo que atormentaba mis sueños por las noches y traía a menudo a mi espíritu esta sensación de vanidad del todo en medio del alboroto de mi vida diaria. Eran los hombres vacíos y llenísimos de mentiras que me conocían como un tipo pintoresco y marginal los que me rompían el corazón cuando me saludaban por las mañanas de lejos para evitarme. Eran sus almas marchitadas, su hipocresía y a veces su sonrisa irónica ante mi final las que provocaban esta ola de asco natural por las cosas mundanas que subían de vez en cuando de mi interior y me ahogaban. Sí, era esta triste monotonía de la rutinaria vida diaria de mis conciudadanos, era la paralela a la imagen externa de mi desgracia-

da existencia y la sensación de que sus propósitos, pasiones y deseos diarios eran como los míos, que me empujaron un día a ponerme el levitón abigarrado de payaso y a naturalizarme ciudadano, como tantos otros, en la ciudad invisible de los débiles y los atormentados. Hay momentos en los que alumbro como frío observador cada detalle de la vida de esta ciudad de los desgraciados porque me intereso por su misma esencia, por la débil luz que envía, por su autenticidad. Veo entonces con sus propios ojos la común desgracia humana, en su unidad, y descodifico las desesperadas señales que envían los habitantes desdeñados de este antimundo al mundo complaciente de arriba de sus conciudadanos, sin obtener correspondencia alguna. Sí, mi virtud secreta es condolerme primero de mis semejantes, lo que separa mi pensamiento de mi desgraciado y yo mismo, en difíciles momentos de aburrimiento en el triste mesón, lo que me libera para siempre de los podridos encantos y los resplandores efímeros de la vida honrada de la calle Sierpes. Soy, en estos instantes de lucidez y de autocomprensión, una existencia conscientemente solitaria que ve que los límites de su destierro interno se identifican con los límites de la soledad sonora de todo desheredado de este mundo. Sin alimentar esperanzas de cierto cambio en mi vida hacia mejor, puesto que elegí vivir así, gozo como niño pequeño de mis vanas ensoñaciones a la hora del atardecer y mis sorpresas de cada día. Mi pasado es lo que no conseguí enterrar en absoluto en el jardín florido de mi edad infantil, por las noches, con la azada de la desesperanza. Ni siquiera los tiernos recuerdos de los poquísimos

momentos felices de mi edad adolescente me conmueven. Sólo la sensación de destrucción, de decadencia y de mi renuncia a todo posee la página más significativa en el calendario de mi vida atormentada. Cuando lo deshoje al azar por las noches y me detenga en la negra bajada de azarosas casualidades, las desgracias y los oscuros sucesos que señalaron, hasta ahora, mi vida y mi existencia, ennegrece inmediatamente mi alma y cambio rápidamente de página para encontrarme frente al vacío, con el papel en blanco que, como duro espejo, me vuelve a decir quién soy en realidad. Entonces, no pedí nada más de mi despreciable vida que el derecho a verla diariamente dividirse en pequeñas dosis de alegría, de risa o de tristeza, como un conveniente celestial que una mano invisible arroja desde lo alto a los transeúntes, a los mendigos y a los pilluelos de las calles.

* * *

Puede que tengan la culpa las negras nubes, en el trocito de cielo que aparece por mi pobre ventana por encima de Triana, de mi mal humor de hoy. Puede que tenga la culpa, en víspera de año nuevo, el año bisiesto que se va. Puede quizás que influyan también en mí los rostros sombríos y amarillos como quinina de algunos jóvenes fumadores de hachís con los que me encontré por la mañana en la calle. Muy pronto comprendí que tendría que enfrentarme de nuevo a otro día difícil y nefasto. Llo-

vía desde el amanecer. Llovía sin interrupción sobre los vivos y los dormidos. Iban y venían con un nerviosismo recién aparecido ante las escaleras de la catedral, en la lluvia que había mojado mi abrigo y las suelas de mis zapatos, con mi rostro oculto en mi gorra y haciendo diferentes números y gesticulaciones para atraer el interés de los transeúntes protegidos bajo sus paraguas, pero, desgraciadamente, ninguno de ellos me tendía la mano.

Se dicen muchas cosas de la belleza de las mujeres de esta ciudad, de sus corridas de toros, del Guadalquivir, de la Giralda, de sus cafés al aire libre en primavera, de sus numerosos lugares dignos de ser vistos, de su antigua nobleza, de la majestad de su historia, pero no dicen nada del escorpión que vive en el bolsillo de ciertos ciudadanos miserables e inmisericordes. Había comenzado a pensar que su indiferencia por el prójimo y el pobre reinará un día, junto a la ingratitud, en este mundo hundido en la decadencia de los empleados melindrosos en su miseria de clase media, de los pequeños comerciantes, de los turistas y de los indiferentes, que por más que uno lo estudie no encuentra sentido, porque, día a día, se descubre más desagradable y peligroso, cuando de pronto, para sorpresa mía, vi en la esquina de enfrente, grabada claramente en una losa de cerámica una máxima que bastaba con leerla uno cuidadosamente para que se esparciera de inmediato su tristeza.

La máxima que estaba escrita bajo una rosa, en un estilo insinuado y profético que recordaba los conocidos dichos del Medioevo, decía: «Consuélate. Existe algo que, por más que quites de su fun-

damento, no pierde jamás su hermosura y su majestuosidad».

Lo primero que pensé fue lo que dijo un día Amiel. Que, finalmente, sólo el arte tiene cierto sentido en nuestra enajenada vida diaria, puesto que tiene siempre la fuerza de consolarnos, ejerciendo en algunos momentos tanta salvación e influencia benéfica sobre nuestra existencia miserable y marcesible que muchas cuestiones extrañas y complicadas que la ocupan, como la tristeza y la angustia, desaparecen inmediatamente, y que el misterio de su alienación se disuelve y un montón de cosas oscuras e incomprensibles, que la atormentaban hasta ahora, se vuelven evidentes.

Aunque mi espíritu oriental odiaba cualquier cosa que fuera brillante, comprendí inmediatamente que en esta losa de cerámica resplandeciente se ocultaba, sólo en pocas palabras, el sentido de cierta sabiduría, incomprensible para mí, que cualquier desesperado podría tomarla como guía espiritual en su vida oscura e insegura.

Había anochecido hacía tiempo y en el momento en que me disponía, completamente desencantado, a recoger mis instrumentos y marcharme, vi por la misma esquina avanzar un pilluelo mojado hasta los huesos, un pequeño marroquí que sostenía en la mano un ramo de rojísimas rosas. Se acercó a mí con una triste sonrisa, me regaló una y se volvió inmediatamente sin pedirme nada y se perdió como sombra en la oscuridad. Sentí que mi desesperanza y mi tristeza habían sido vencidas de pronto y una sonrisa afable y apaciguadora comenzó a florecer en mis labios ajados. Por dónde había germinado ese pequeño

mensajero del imperio sahariano, para traerme el esperanzador mensaje de que no se había apagado aún la luz de la humanidad sobre la ciudad de humildes emigrantes y de toda clase de desheredados y desdeñados.

Regresé a mi habitación, puse su rosa escarlata en una vasija de barro, me senté cansado en una silla y, al poco, confirmé que había comenzado a soñar. La fuerza de mis sueños era tal que sentí que podía hacer que llegase a mi ventana un nevado San Basilio cargado de ricos regalos para los niños pobres, como el pilluelo del imperio sahariano, un Príncipe bello y bueno y amistoso siempre con su payaso, un levitón enteramente nuevo para mí, una hermosísima sevillana, un toro amansado, un rosal cargado de rojísimas rosas.

Y veía que San Basilio, y el Príncipe bello y bueno, y la hermosa sevillana, y el toro, y el rosal cargado de rosas pasaban como un desfile, en lento movimiento, bordado por una mano diestra sobre mi levitón completamente nuevo, como un desfile que simbolizaba toda mi vida y desaparecía inmediatamente.

Después confirmé que había comenzado a soñar con el pilluelo de la calle y, mientras esperaba verlo aparecer por la ventana, sonriente y bondadoso, vi con perplejidad que su rosa escarlata, en mi vasija de barro, abría uno a uno sus pétalos. Me acerqué y corté un pétalo. Lo apoyé en mis labios ajados y apenas me golpeó en la nariz su fuerte aroma, vi que un nuevo pétalo caía de pronto en mi sitio. Al punto comprendí que me había equivocado. Que había esperanza en este mundo desdichado, pues-

to que estaba la rosa del pequeño marroquí en mi vasija y que, por más trozos que le quitases de su fundamento, nunca perdía su belleza y su humilde majestuosidad.

* * *

Qe gusta improvisar. Improvisando tengo la sensación de que hago siempre exámenes ante mi público. Eso, con una sonrisa suya, con una aprobación suya, me crea la disposición al trabajo, me excita, me levanta y después me vuelve otra vez a la realidad. Nada de provecho sucede sin el estímulo del público. Me imagino, sin él nunca sucede, a un público interesante frente a mí. Quizás eso se deba a mi disposición a la autofortaleza o quizás también a la influencia de la tradición de mi oficio en esa persistente fantasía mía. Los payasos, como quizás sepáis, en la Edad Media, hacían siempre sus representaciones ante un público interesante, que de ordinario estaba compuesto por la aristocracia de la corte, los oficiales y los invitados del Príncipe. Trabajaban principalmente, como hago yo hoy, por necesidad y por sentimiento, no por obligación. Obligación tenían únicamente los cortesanos y los oficiales del Príncipe. Los payasos sólo debían disponer de talento. Debían poder sobresalir entre mil semejantes por su talento cómico natural y por la capacidad de construir siempre la disposición deshecha del Príncipe, aunque también por su apetito indomable de chistes y farsas, de representación, de trabajo teatral, puesto que debían poder funcionar

en todo momento como títeres o como máquinas de satisfacción y producción de risa, en momentos en que el Príncipe y los cortesanos sufrían de pereza y aburrimiento y no sabían qué hacer con sus existencias. Dicen que el hermoso Antonio, el protegido del dios Dioniso y amante de la famosa Cleopatra tenía en su cortejo, además de sus hermosas concubinas, una pequeña compañía de saltimbanquis y payasos que lo divertían con sus actuaciones en momentos de cansancio y aburrimiento. Como cuenta Plutarco, la noche en que lo habían rodeado los ejércitos de Octavio Augusto y, en la castigada ciudad de Alejandría, había ya comenzado el lamento por lo que había de suceder, se escucharon los ecos armónicos de instrumentos de todas las clases y un clamor de multitud, y gritos festivos con saltos de sátiros, como si pasara alborotadamente la compañía sagrada. Era la compañía de los payasos que corrían gritando a la puerta exterior para salvar su pellejo, porque, habiendo dado dignidad a cuanto habían comenzado a divulgar, veían que había abandonado su reino el Dios Dionisos, el Dios al que tiene como semejante y probado familiar. Otra tradición dice que un payaso perdió la vida cuando intentaba aconsejar o convencer de algo al Príncipe. Se trataba de un Príncipe neurótico que siempre se acostaba temprano porque no le entraba sueño fácilmente. Una noche, pasada la medianoche, en la que daba vueltas en la cama, asustado, mordiendo de cólera su pijama de seda, se levantó gritando y encendió la luz. Llamó al médico y le dijo que, de cualquier forma que lo intentara, le era imposible dormir. Le pidió su opinión y le respondió que prácticamente no podía hacer nada porque

lo que tenía la culpa de su falta de sueño era su mala disposición diagnosticada hacía tiempo. Le propuso entonces que llamara a su payaso porque era, quizás, la única persona que podría aflojarle un poco, cambiarle inmediatamente la disposición y sacarlo de aquella situación difícil. El payaso llegó vestido con su túnica abigarrada y, tras agitar dos o tres veces su sombrero en el aire, propuso al Príncipe, sonriendo, que corriera con él alrededor del patio porque así se cansaría un poco. Después, debería darse un baño caliente que lo relajaría totalmente, beber tila y un vaso de leche como el médico le había recetado repetidamente, apagar todas las luces y acostarse. El Príncipe obedeció como niño pequeño las órdenes del payaso, lo hizo todo, pero no obtuvo ningún resultado. Desgraciadamente para él, Morfeo, el dios del sueño, lo había abandonado otra vez y su pobre payaso se burlaba vergonzosamente. Volvió a levantarse y, sin pedir consejo a su médico, pidió que llamaran a su payaso. El payaso llegó sonriendo con la boca abierta y moviendo despreocupadamente su paródico cetro. El Príncipe le pidió que se arrodillara ante él y, tras sacar su espada, le cortó la cabeza inmediatamente. Alguien debía pagar al fin, dijo, por esta insoportable falta de sueño.

* * *

Un día, de pronto, un payaso descubrió que había caído en desgracia para el Príncipe. Continuaba haciendo lo que hacía bien cada vez que lo llamaban a

la gran sala de los banquetes, pero parece que cada movimiento cómico suyo y cada gesticulación habían perdido ya, por tantas repeticiones, su sentido simbólico. Le era imposible creer que los tiempos eran más difíciles y penosos para su arte y que las cosas habían tomado para él un giro tan villano. El Príncipe, como mostraba su mirada aburrida, no se divertía ya con sus chistes y sus hechos cómicos, no encontraba agraciada ninguna de sus gesticulaciones y movimientos y volvía su espalda cuando hacía volar en el aire su gorro y comenzaba a decir con tono burlón y escabroso sus conocidas anécdotas. El payaso recordaba bien una vieja frase popular que había salido un día de la boca de un cortesano que, como decían las malas lenguas, había perdido el favor del Príncipe. «Si su aburrimiento tenía tentáculos como el pulpo...».

Él mismo sabía mejor que nadie que el aburrimiento, el enemigo más peligroso de los tiranos, tenía realmente muchos tentáculos que mataban en verdad. Corrompía despacio el alma de los jefes que ya se habían asqueado de los placeres terrenales, haciendo que se enfureciera en ellos el espíritu de la vanidad de las cosas mundanas y de la renuncia, algo que los conducía finalmente a la melancolía y a la autodestrucción. El payaso sabía que se daba al azar el morir, como los predecesores del vencido un día por este monstruo extravagante. Sabía que la gran desgracia del Príncipe se debía esencialmente a que se había cansado ya de los innumerables aduladores que lo rodeaban y celebraban continuamente para conservar su favor, su genio. Su propia desgracia tenía que ver con el hecho de que jamás se le

había dado hasta ahora la oportunidad de mostrar en un espacio abierto y ante un gran público su talento real. Lo había comprendido hacía tiempo. Su misma negra suerte, conspirando con la naturaleza, lo había vengado de la manera más vil, puesto que sus dones sobrepasaban en mucho los estrechos límites del espacio de la acción dramática. Una noche en que intentaba pensar qué podría hacer para escapar de su destino evidente y malo, llamó a la puerta y entró en su camarín una servidora que le habló de un rumor que había escuchado transmitirse en la corte: que el Príncipe había decidido darle una última oportunidad. El payaso, tras agradecersele, le dijo mirándola con tristeza: «Que sepan las malas lenguas que el Príncipe dejó de ser, desde hace tiempo, un buen hombre y, si se comporta así conmigo, es porque le quitaron el cerebro los diferentes aduladores y los burócratas que lo rodeaban de la mañana a la noche en el palacio».

La tarde en que entró moviendo su bastón de parodia en la gran sala de las recepciones, el Príncipe le preguntó si había aprendido un nuevo arte. Le respondió que había aprendido a tocar el arpa y que, si le traían este antiquísimo instrumento, intentaría agraderle tocándole algunas viejas melodías. Cuando le trajeron el arpa, al primer trozo que tocó en ella, vio que todos quedaron mudos con su arte. Después, cantó la historia de las proezas de un rey al que, finalmente, convencieron sus aduladores de matar a su payaso. Apenas terminó su canto se acercó a la mesa en donde cenaban los aduladores del Príncipe y, cuando se volvió y mostró a todos su trasero, gritó: «Viví en la miseria como todos mis

antecesores, fui honrado por el valor de mi arte por el mismo Príncipe como todos mis antecesores y llegó el momento de morir, aquí, en esta sala resplandeciente de la manera en que ellos murieron, golpeado por su espada».

* * *

No confío nunca en los relojes. Tengo siempre la sensación de que me quitan, de que me roban el tiempo. Que miden sólo los momentos que acaban, una hora molesta, un día molesto, una vida molesta. La vida que me acostumbré a matar los últimos años, dando vueltas indiferentemente por los mismos lugares, siempre por los mismos cafés populares, por las mismas calles frecuentadísimas de esta ciudad. De la ciudad de los sueños perdidos, de las esperanzas perdidas y de las ilusiones de tantos hombres sin hogar como yo.

Hace tiempo ahora que tengo la sensación de vivir en una inacción envenenada sin esperar nada o incluso a alguien que me mostrara el camino. Vivo sólo por costumbre en una vanidad grosera, en un océano de pequeñas cosas y hechos insignificantes que limitan mi existencia atormentada. Vivo como todos los desheredados de los pobres arrabales de la ciudad baja, la suficiencia de la insignificancia de la vida de un hombre del que se burló un día su suerte, al que traicionó su ángel de la guarda, privándolo para siempre del pan del cielo. Que sean mis testigos sólo las estaciones solitarias de los tre-

nes, en los que esperaba en vano la hermosura, y las habitaciones baratas de los hostales a las que llegaba, como náufrago, por las noches. Por eso he dejado también, hace años, de mirar los relojes, dejando que el tiempo venga como un perro rabioso sobre mí, que se desenvuelva como una gasa esterilizada, como en los sueños de un herido de la guerra civil española abandonado por todos en una cama de un hospital de provincias. Hace tiempo que simulo que no comprendo, que algo no va bien con esta forma mal infectada de mi vida. Algo corre, algo corre, pobre payaso mío, y no lo alcanzas cuando corres, y tú, mucho más jadeante cada día, como el envenenado Filoctetes, hacia la muerte. *Every day, every day is getting other*, pero te acostumbraste a correr con tu bicicleta a toda velocidad, sin entenderlo, hacia la muerte, tirando despreocupado hacia atrás, unas veces, tu sombrero, otras tus tirantes, y otras tus grandes zapatos deshechos. Tirando lastre continuamente, corres con tu bicicleta a toda velocidad hacia la muerte, habiendo olvidado hace tiempo tus sueños juveniles y tus proyectos ambiciosos de una vida digna que no llegaron a parte alguna. *Every day is getting other* y la forma española de que mueras me parece que es la mejor, cuando no te quede más que esperar, como el toro herido en medio del ruedo en una desesperanza indiferente del torero, el último golpe.

«**E**sa noche atravesó mis huesos». Parfraseo inhábilmente a Job sin atreverme a comparar, pasada hace tiempo la media noche, sus sufrimientos con los míos. Como el héroe trágico, sé que no aprovecha nada pedir cuentas a los pequeños dioses que viven en las cosas vulgares que limitan mi turbulenta existencia, por los giros inesperados de mi destino siempre indeciso y contrario. No aprovecha entonces martirizar por las noches a mi ángel de la guarda por mi continua zozobra. Los dichos bíblicos son especialmente útiles en época de miseria y de pobreza entre los que sufren injustamente y los perseguidos, porque ellos gozarán un día del pan celestial. Pero, según leí recientemente en un periódico, todo progreso y decadencia contienen en potencia algo patológico, y yo, desde que entré en esta profesión, soy siempre, como los pobres emigrantes, los mendigos, las putas, presa de mi propia patología personal. El dolor que me provocan las cosas y los otros, siento que se pierde inmediatamente cuando me dejo envolver por el indescriptible calor de la tarde sevillana, pero el dolor que proviene de mis diarias caídas, al estilo de Sísifo, bajo los muros del Alcázar, no se apaga jamás.

Hace tiempo que he olvidado mi nombre. No soy el homérico Tersites y lo sé. Tersites, con su gorro de pelo, con su humor negro y sus amargas verdades que irritaban a Agamenón y a los reyes aqueos, tenía un nombre, fue glorificado por ello y ganó una fama inextinguible, yendo de banquete en banquete en los intervalos de la guerra de Troya. Yo, desgraciadamente, llevo cada día con mi carrito mi existencia insignificante y anónima, en las soledades de una

multitud enemiga, teniendo siempre la sensación de ser una de las primeras víctimas de esta guerra contemporánea despiadada y no declarada que enloquece sin cesar en las grandes calles comerciales, en los mercados, en la multitud de tiendas y en las plazas, entre los que tienen y los que no tienen. Sé que el humor es un arma fortísima que puede vencer toda cólera humana. Pero, con todo esto, no basta con que salgas vivo de esta exterminadora guerra, no declarada y peor que la troyana, contra los sintecho y los desheredados que se realiza hoy en las grandes ciudades con los medios más contemporáneos y pérfidos. Tersites ocupaba un lugar en la asamblea de los reyes aqueos y tomaba parte en sus diferentes deliberaciones sobre cuestiones de estrategia y de marcha de la guerra. No era un voluntario y aislado payaso como yo. Homero lo describe con las siguientes palabras: «Tenía los ojos bizcos, las piernas inválidas, el pecho completamente hinchado y la espalda jorobada de la que salía una larga y puntiaguda cabeza con escasos cabellos». Yo ¿no me atrevo a describirme a mí mismo? Miro en el espejo roto de mi alma y veo, unas veces, un rostro apenado que me recuerda al tonto de Coria y, a veces, a Charlie Rivel con su casco arrogante y su desgarrador llanto infantil. No soy los demás y lo sé. Soy el pobre payaso anónimo de la calle Sierpes y quizás el reflejo en el espejo de mi alma de todas esas sombras confusas que por las noches conforman mis sueños.

Un visitante inesperado

«Il faisait noir dans l'escalier,
Plus noir encor sur le palier,
Et pour comble d'infortune
On ne voyait pas la lune.»

PAUL VERLAINE

Poco después de medianoche, una noche húmeda de abril, entró en mi habitación una sombra por la ventana entreabierta. Era Juan Ramón Jiménez con un cirio encendido en la mano y con un pañuelo neoyorquino envuelto al cuello, muerto, como sabéis, hace cincuenta años, pálido como en su primera juventud y tísico como yo.

«Ven, desgraciado, conmigo», me dijo con una voz musical y metálica. Te pudriste por la humedad aquí dentro, tantos años. Demos una vuelta por Moguer. Aquí vives bajo un techo inhospitalario y todos se burlan de ti por la calle, gritándote payaso y saltimbanqui. Allí abajo se respetan a los soñadores y a los locos hermosos. Allí tendrá cierto reconocimiento tu arte. No te esforzarás tanto por tu mantequilla y tu pan. Tu vida, lo confirmarás, pasará allí tranquilamente, con una seguridad sosegada y llena siempre de una euforia secreta. Allí no serás el perro bohemio que se mantiene con trozos secos, pasando bajo mesas extrañas o el perro perezoso de la cafetería, de la taberna y la bodega, el errante y expulsado por todos, que se basta con lamer durante días el mismo hueso. Como seas, podrás limitar tu destino y pondrás fin a tu vida mísera y errante.

Allí te mostraré el tesoro de los humildes que descubriré buscando un día bajo las hojas caídas de las rosas del jardín de los poetas románticos.

Allí gozarás del blanco y azul milagro de la naturaleza del loto andaluz, de la luz con el tiempo dentro. Verás que cada casa es un pequeño palacio y cada templo una catedral. Que todas las cosas de Dios están en su sitio correcto, de la tierra y del cielo. Sentirás en un momento, como yo sentí un día, que las casas de los hombres no son siempre palacios y los templos catedrales, cuando en toda la naturaleza reinen el silencio y la soledad sonora.

Fumaremos, desocupados y silenciosos, el último cigarro, mirando atentamente desde la altura de viejo molino de viento el turbio río rojo y apagaremos nuestra sed al regresar a la fuente inagotable del Pinar. Verás que incluso los árboles no están solos en la naturaleza porque están acompañados por sus sombras.

Sentirás otra vez que el alma del hombre está siempre sola, que los ríos no se mueven solos hacia el mar, que su tristeza va emparejada con sus olas.

Verás, aquí también, que los niños tuberculosos son poseídos por los mismos miedos antiquísimos, como los tísicos pilluelos de los barrios pobres de Sevilla, particularmente en diciembre cuando las noches son más largas y heladas. Primero nos pedirán, acercándose a nosotros con cierto cuidado, dádivas y más dádivas y, después, agua para ir a llorar en brazos de sus madres. Y el llanto, durante las noches de crisis de sus enfermedades, cuando no caiga la fiebre, no tendrá fin.

V te preguntará una noche, cuando se acerque la Navidad, bajo la helada luz de la luna cuando terminan los miedos humanos de todos los perseguidos de este mundo, cuáles eran los monstruos a los que temíamos de niños en nuestros sueños, aunque sean ahora los toros enloquecidos que venían hacia nosotros, los cuervos, los búhos, las nereidas, los dragones y las enormes arañas que atormentaban un día nuestras ensoñaciones infantiles.

Verás después que los niños despiertan de sus sueños de mediodía más inocentes aún y escucharás las campanas vespertinas llamando a los ancianos a la iglesia.

Verás que el mágico sol matinal dora las hojas de los árboles, que da al agua del río su púrpura ondulación, que envía sus sonrisas ocultas y sus señales secretas incluso a los cipreses más caquéticos del cementerio.

Estarán llenas de semillas y flores de limonero las bocas de las aves y verás que los rosales se doblan con rosas irisadas sobre las tumbas de los niños pequeños, con rosas como las que acompañaban a su última vivienda al sueño perdido de sus padres sobre un Paraíso terrenal.

Verás que el cartero llega, intranquilo, en el polvo de la vieja calle de tierra, trayéndonos las negras noticias del avance hacia el norte de la guerra civil y de que los ojos de Dios brillan apenados e irritados en cada gota de sudor de su frente.

Disfrutaremos de nuestros mediodías cuando andemos entre la alegría y la tristeza, tranquila e irónicamente, y nos atraparé al final el sueño cuando se silencien sobre los álamos los zorzales y los mirlos.

Y caminaremos, después, al atardecer, fumando otra vez en el camino perdido que va, nadie sabe hacia dónde, siguiendo por costumbre el silencioso río rojo.

Confirmé que me había quedado inmóvil, mientras él hablaba, y que lo escuchaba como hechizado. Me levanté de pronto como si algo me ahogara y abrí por completo la ventana. El aire frío que entró le golpeó fuertemente el rostro como las inmensas alas de un gran flamenco africano. Al momento dio un mal paso y sintió escalofríos. Antes de alcanzar a darle mi levitón para cubrirlo, su sombra había desaparecido de la habitación.

Cerré la ventana y me quedé un instante mirando tras el cristal por si podía distinguir algo en la oscuridad. El gran flamenco está sentado ahora en el extremo de la mesa moviendo despacio las alas abiertas y mirándome con extrañeza con sus húmedos ojos cristalinos. Volví entonces mi rostro entre ellos y lloré al sentir que estaba invadido por la sensación de una felicidad insólita porque había comprendido, una vez más, como el loco de Moguer, que nunca tendrían fin mis sufrimientos en este mundo.

* * *

Una noche de primavera me encontré preparándome febrilmente para hacer una última representación fuera de la antigua estación de trenes de una pequeña ciudad del sur que podría ser Guadix o

Loja. Pero, para no desviarme, deberé decirles que me había dominado una angustia inexplicable y una gran agonía, porque cuanto intento contaros sucedió en un extraño sueño, cuando me preguntaba qué buscaba aquí y qué haría con este vacío cofre de madera que llevaba desde hacía tiempo en mi espalda. Desde el fondo de la avenida de enfrente que, cosa extraña, se había quedado desierta inexplicablemente, avanzó sólo la luna llena de abril de mis años infantiles que venía a recordarme, una vez más, que ya no era joven ni suficientemente viejo para representar al enterrador en un espagueti western ni para contar a los pilluelos un cuento medieval. Mi Vida Nueva era ahora imposible, mientras dos caminos se abrían como posibilidades: el primero, el de la Libertad, de la Dureza y de la Falta de Ilusiones, es decir, dar la vuelta, oculto tras las máscaras del clown que fui en mi juventud, y el segundo, el exagerado cinismo y la indiferencia del poeta maldito, para el destierro final al imperio de la Muerte (del no dar énfasis o importancia a lo que no quería ser).

* * *

Y qué más es la vida de un payaso que este tormento diario en el que un hombre, a quien golpearon las desgracias, intenta ponerse, con cuanta inocencia le ha quedado de sus años infantiles, una máscara para llenarla con los colores de la llama y del hielo, del calor o del frío, de la amargura y la

dulzura, de la brillantez y de la oscuridad, de la dureza y de la suavidad, con los colores que inspiran y representan ideas de alegría, de riqueza, de tristeza, de risa y de mofa, una máscara que se desarticulará un día y caerá de su rostro arrugado, entristecido a sus pies temblorosos, de manera que, liberado ya tras la última metamorfosis ovidiana, podrá familiarizarse con su drama existencial y con la idea de que la ingratitud de la multitud es siempre grandísima, y su indiferencia también, como su capacidad de entender el interés de un trovador errante o de un payaso del norte por estas cosas tan pequeñas, insignificantes y vanas, de hoy y de ayer, que los dioses de la mofa y de la risa determinaron que debían contenerse en su repertorio artístico.

* * *

No hay ningún prototipo, ninguna forma material, en el arte del payaso, que nadie pueda imitar. Esta noche, hermosas señoras mías sevillanas, ¡improvisemos! Lo bueno, lo malo, lo feo, lo somete el hacedor de la risa y la mofa a su ojo, a su mano, a su nariz rojiza, a su pierna coja o torcida, lo cual es mas decisivo que su alma ennegrecida por sus emotividades y las tristezas que, como piedras, se sientan en su cuello.

No, la emotividad pasa, las tristezas permanecen y el artista errante no puede bastarse con las imitaciones del mundo exterior y de los materiales objetivos, persiguiendo a cada instante en sus ac-

ciones que les sea dada una expresión, un halo o una cosa a la que los antiguos llamaban idealización, estilización, compostura, para no poner en fila también otros sonidos semejantes

* * *

Debería quizás haberme interesado hace tiempo, y antes de que los hechos me hubiesen encerrado en este vulgar hostal, en asegurar finalmente que mi triste vida no era nada más que un butrón, por ciertos lados oscuros de mi profesión, por la máscara que cuando la llevo me cambia el rostro, por cómo serían las cosas sin ella en un campo tan sombrío, en un campo de tantas dudas y preguntas como el de mi humilde arte, que cambia siempre de dirección lo evidente y lo factible y que hizo avanzar en el mismo camino pesado de lo grotesco y lo subversivo de cada apariencia seria, en aquel en que no tienes nada que expresar con pasión excepto la desgracia humana, excepto la incapacidad humana y la ignorancia de todos los que realmente no pueden reír porque sufren justa o injustamente. Pero jamás, pobre payaso mío, pudiste oír nada de las famosas máscaras de Giuseppe Grimaldi, famoso payaso inglés, me decía yo por las noches en justificación de mí mismo, aunque en las revistas y en los periódicos de la época habían sido escritas, en diferentes momentos, sobre los históricos del teatro contemporáneo y de las farsas cómica, las cosas más increíbles. Sobre mi propia máscara, sin embargo,

no se ha escrito nada. Quizás, yo solo daba la respuesta, quizás algo se haya escrito sobre ella y sobre el arrogante remolino de mi pelo «en las alturas» de algún periódico satírico, lugareño e insignificante, pero nadie dará importancia a las representaciones y al oficio de un charlatán. Cada desgraciado payaso, amigos míos, lleva en sí un charlatán. Pero, también, cada charlatán lleva en sí las miserias de un payaso. Este hecho puede certificarlo cualquiera cuando se acerca a escuchar qué fuertemente los charlatanes dicen por las mañanas cosas de señoritos, en las cafeterías de la calle Sierpes, a desgarrados y borrachines que suplican un coñac cuando el dinero que cobraron mendigando el día anterior no les llega para pagar. Escribiendo estas notas incomprensibles sobre la semántica de mi mascarilla en mi podrido cuadernillo, disfruto del calor de mi cálida habitación en este humilde hostel, sabiendo que aquí adentro se está más caliente que abajo, ¡en la tierra helada! Nieva afuera. Invernales las cosas para los colegas marroquíes, africanos y los pobres latinoamericanos de los barrios deshechos por el alcohol barato y por el hachís. Pero ¿qué es más agradable que la fe en ese dios de la inocencia que crearon los niños pequeños, en ese blanco envés de la miseria y de la pobreza, en ese hombre de las nieves al que veo hacerme señas por fuera de mi cristal empañado fumando, desocupado, su pipa en el centro de la plaza helada?

¡**E**sa calle Sierpes! La calle de los negocios, de los escritores, de los turistas, de los mimos, de los pintores y de los pequeños impostores que se mezclan con la multitud de los transeúntes intentando robar alguna cartera. La calle de los insignificantes payasos como yo, la calle en donde se venden cada día las mentiras, el brazo del Guadalquivir antiguamente y el lugar donde se encontraba la húmeda cárcel real de Sevilla en donde metieron una vez, sin juicio, a Cervantes para que pudiera soñar con tranquilidad a Don Quijote. Para decir la verdad, nunca me enloquecía la idea de ejercer el difícil arte de payaso en esa calle inhospitalaria que atraía siempre a los bohemios, a los artistas, a los poetas y a los filósofos de todo el mundo civilizado, desde que Juan Arias, el cubano con viruela, me amenazó con cortarme en trozos con su cuchillo de carnicero y con lanzarme a un cubo de basura, porque había desaparecido una noche como el inolvidable Luis de Funès hizo desaparecer, con una vara mágica, un filete bien asado del plato de un turista alemán de su famoso restaurante, haciendo que sus clientes se murieran de risa durante una hora. Todo el arte del ejercicio del payaso, como quizás sepáis, consiste en ciertas cosas concretas, pero, antes de nada, en el ejercicio y en el dominio, en el ejercicio y en la vigilancia para no caer en las manos de semejante canalla, en el dominio y en el ejercicio de la conservación del equilibrio del cuerpo, ya sea sobre una rueda de bicicleta, ya sea sobre una cuerda extendida, ya sea en un aro en movimiento y, especialmente, en el ejercicio de su capacidad de hacer desaparecer ciertas cosas de los ojos de cuantos te siguen y sacar, como los magos,

además de risas, palomas y aves de colores de tu manga. La calle Sierpes, la calle de mis tormentos y mis desmentidos. La calle fue conocida porque empezó a aparecer en el siglo XV en las narraciones de famosos escritores como el sufrido Cervantes que tuvo la manía de escribir historias sobre ciertos rufianes y ladrones. Y es exactamente en ese siglo cuando comenzaron a trasmitirse algunos hechos curiosos que sucedieron en esta calle y que voy a hacer el esfuerzo de contaros. En aquella época comenzaron a desaparecer misteriosamente algunos bebés sin dejar rastro a lo largo del día, ni por la mañana ni por la noche. Al principio acusaron de ello a los judíos. Circulaba, así, el rumor de que robaron a los niños para sacrificarlos en sus funciones masónicas, hasta que un día informó el gobierno del León, el renombrado Alfonso de Cárdenas, alcalde de la ciudad, de que habían sucedido esos hechos y puso, tras investigaciones, las cosas en su sitio. La información partió de una persona que no quería decir su nombre y que prometió contar la historia y nombrar sólo al culpable si se realizaba su deseo de que se le concediese la libertad. Alfonso de Cárdenas aceptó su petición y ordenó que su secretario fuese a registrar los hechos de manera que fuese aceptado oficialmente. Allí se descubrió que fue Melchor de Quintana, un copista que había sido encarcelado por participar en una conspiración contra el rey. Allí, entonces, el testigo habló de cómo descubrió al causante de la desaparición de los niños y, por eso, comenzó a contar su intento de salir de la cárcel. Construyó para eso un túnel con el propósito de escapar, que lo condujo a las galerías

subterráneas de Sevilla, cuya construcción data de época romana y de la época en que dominó la ciudad la espada del Islam. Se encontró en sus aguas sucias sin querer y, si no hubiese sufrido durante horas allí abajo, no habría descubierto lo que sucedió entre las oscuridades. En su intento de escapar se encontró, completamente al azar, con el ladrón de los niños al que asegura que mató a cuchilladas y regresó de nuevo a la cárcel, puesto que no podía salir a la superficie desde el laberinto de las galerías. Con esa declaración suya condujo al gobernador y a sus hombres al sitio en donde sostuvo que se encontraba el raptor, muerto desde hacía tiempo.

* * *

Y realmente, en el sitio que describió el conspirador, encontraron muerto, sorprendidos, al actor con un estilete clavado en su cuerpo que confirmaba su muerte, como también el resto de los huesos, a su lado, que identificaron como responsable de la pérdida de los niños. Se trataba de una inmensa serpiente cuyo tamaño llegaba a la estatura de un hombre alto, y la arrastraron y la colgaron en un árbol en la calle Espaderos, que desde entonces se conoce como «Calle de la serpiente». Pero ¿por qué os narré esta historia que a veces, en mis representaciones, cuento cambiada para que guste a los niños pequeños? Quizás para que entendáis que no es fácil, en nuestros días, cambiar de vez en cuando de piel y, especialmente, en medio de la calle de la serpiente. Aquí me

tocó cambiar mi pellejo dos veces al día. Aquí me veréis, aquí me encontraréis intentando sacar una risa de la tisis que me atormenta, y miel del veneno de mi alma.

* * *

A medianoche, en el hostel de doña Elvira, podéis ver, tras las ventanas abiertas, que suceden los siete prodigios del mundo. La música de los Beatles, que un estudiante eterno ponía en el diapasón, se mezcla con el ensordecedor orientalismo de los marroquíes de la primera planta conformando la barbaridad multicultural.

El silencio de los homosexuales alemanes de la tercera planta es repelido junto a sus enfados hasta el techo de sus habitaciones, jadeando bajo el sonido repetido del ventilador y las sacudidas desde los cristales de la puerta del balcón desteñida. Dos muchachas inglesas, en la habitación de al lado, preparan su dosis de la nueva partida de heroína que les vendieron los marroquíes. Todo es aquí multicolor. Predomina seguramente el verde sevillano en las cortinas, en los platillos de la pequeña cocina y en las losas brillantes que te hacen, al instante, no ver las suciedades que cubren algunos grafitis míseramente rayados en las paredes. Abajo, las calles y la avenida principal, también una soledad ensordecedora. Sólo un borracho sin blanca delira insultando y gesticulando con gestos incomprensibles en la esquina quizás porque lo abandonó el dios Dionisos. La noche primaveral está

en el medio de las tristes estrellas de Bankog y los sufrimientos de estos hombres suben hasta el cielo cuando las aguas turbias del Guadalquivir salen a la búsqueda de la luna dorada. En la calle de arriba, por detrás del hostel, está lleno el bar de los miembros de una hermandad decadente que la componen universitarios bien vestidos, abogados homosexuales, propietarios de grandes unidades hoteleras, toreros jubilados y exportadores de vinos y fresas de Moguer y de Huelva. Nadie sabe qué discuten bebiendo un rioja y fumando caros puros cubanos estas hermanas decadentes.

¡Quizás negocien otra vez el tema de la singularidad de la cultura andaluza por el mundo! El círculo de las hazañas de El Cid, que es también barra de burdel en Granada, es uno de sus temas, junto al problema del aumento de los emigrantes y de la aparición masiva de los marroquíes en la ciudad. La heráldica atormenta también las mentes voluptuosas de estos bidés rosas. No hay margen esta noche para el aburrimiento. Los limpiadores de cloacas de las calles, alrededor del ruedo, conocen bien la tierna piel de los blancos traseros de algunos de esos mariquitas, como también los blancos ratones inmensos que se alimentan de basuras que tiran por las noches los gitanos al Guadalquivir. Un poeta desconocido, completamente desconocido, que llegó recientemente a Sevilla desde un pueblo de Córdoba para encontrar su musa, baja corriendo, de tres en tres, los escalones de la escalera exterior de madera para ir con retraso a su primera cita con Beatriz, un travesti impresionante que trabajaba, hace años, en la Casa de Campo de Madrid. El infierno, indudablemente, como a los curas del convento de Santa Clara que fueron pillados por la

policía haciéndolo en un viejo Renault, los espera. A mi lado descansa un pequeño cocker sin dueño que recogí, detrás de la estación de trenes, ayer por la noche. Como expresión de su gratitud a su benefactor, sin dueño también, ¡lo hizo en el suelo de madera! Nos une, sin embargo, la vida rebelde. Inmediatamente le cambié el nombre, alguno tendría seguramente mi pequeño amigo anárquico. Lo llamé Edgard en honor del gran payaso, que dejó que su alma helada se fuera al diablo, muriendo solo y sin ayuda por el intenso frío en un banco de algún parque de Boston. *Never more!*, mi pequeño Edgard, fin a los desórdenes y las sorpresas. Digo que mañana te vendo al mercado negro de los rusos por diez mil pesetas. ¿Qué dices? ¿No es buen precio antes de que me lo hagas también en el techo?

* * *

«Entre dos piedras camino,
me echo entre piedra y piedra:
piedras debajo del pecho
y encima de la cabeza.
Y si quiero levantarlas
me hiere la piedra eterna»

JUAN RAMON JIMENEZ
Romances de Coral Gables

 Como San Francisco de Asís, cincelas sobre la piedra de la soledad los jeroglíficos de tu alma. Dios te ve. Escucha los sonidos que produce tu cin-

cel, cuando pules con paciencia la piedra metafísica de tu alma, las gotas que caen de las estalactitas en el fondo de tu cripta, los ay que se ahogan en tu cuerpo sudoroso, por un sueño intranquilo, en el momento en que lo asedian tus remordimientos crónicos y tus deseos terrenales incumplidos, los no y los nunca de tu vida errante y ¡alegría! Alegría porque no te atormenta ya la fantástica realidad de afuera. Sobre cómo se divide en tu vida soñadora la parte inmarcesible entre los deseos, las ganancias insignificantes, las deudas impagadas y las otras cosas inmarcesibles entre los placeres metafísicos y las gracias interiores cuando te preparas como siempre para última representación, alegría y que bendiga...

Sin embargo, ¿qué ocurrirá cuando termine tu aislamiento, cuando de pronto se corte tu prolongación en los bares de mala fama de Sevilla, en las grutas marinas del ser? ¿Qué ocurrirá, pobre payaso mío, cuando se termine el ron en tu botella, cuando tus gritos incomprensibles se autolevanten ante el triunfo de la realidad exterior, cuando regreses resbalando y jadeando a la sonora soledad de tu habitación, cuando la piedra de la soledad que ejercitó años y años tu cuerpo atormentado comience a pesar mucho más que la piedra metafísica?

«Por impaciencia perdieron el Paraíso.
Por impaciencia regresarán a él».

FRANZ KAFKA

Por impaciencia y por un inexplicable tedio te fuiste una noche de Granada, harto de belleza. Por impaciencia y por tedio regresarás un día a ella.

Sacaste de tu bolsa de viajes, uno a uno, los instrumentos de tu trabajo, tu levitón estropeado y tu sucia ropa blanca y pusiste sobre la mesita de la cocina una Alhambra cincelada en piedra. Dejaste que caminara por el Paseo de los Tristes al ángel de tu tristeza, que desde hace años, como el perro fiel de Ulises, esperaba tu regreso. Ves, tras cada viaje pesado y tedioso, en un vacío duradero de cansancio y de pesadillas, emerger de nuevo en tu sueño las antiguas casas señoriales de Granada, con sus patios en sombra y frescos, con sus claveles colgados de sus pequeños balcones, con sus incomprendibles epígrafes latinos y medievales en sus dinteles y las mil y una noches con las gitanas que bailaban borrachas en las tabernas del Albaicín. En la parte inferior izquierda del cuadro faltan algunos rostros. Falta el peruano con la vestimenta típica de los arrabales de Lima y con su flauta en la boca, falta el chileno tirador de cuchillos con el halcón amaestrado y el guante de piel en su mano derecha, falta incluso la fuente de agua cristalina en el ensanche del Mirador de San Nicolás, faltan Reyes y Rosa María que bailaban durante horas interminables bajo la luz de la luna de Lorca, hechizando, con su baile y con su

belleza andaluza incomparable, a las estrellas más exigentes.

Por impaciencia y por un inexplicable tedio te marchaste una noche harto del Paraíso de Granada, por nostalgia de ella regresarás un día. Regresarás un anochecer como un giri desesperado. Entrarás, pasada la medianoche, en el bar El Cid. Cansado, pedirás un rioja y la misma puta marroquí, con la que dormiste en la habitación de dentro una noche de abril del 97, vendrá a sentarse a tu lado medio desnuda. «Bienvenido, caballero», te dirá con su voz aterciopelada. «Te recuerdo, ¿una copita para mí?», te dirá sin saber que regresaste, y buscas la misma nobleza granadina, el mismo eterno rioja, la misma belleza gitana, la belleza de Granada, de tu Granada, en donde las montañas de Sierra Nevada, al fondo, nevadas, subirán otra vez en tu sueño como una fila de enormes diamantes brillantes en tus más inocentes recuerdos soñadores.

* * *

Qientras vivo esta vida dolorosa e inestable, me parece completamente improbable resistirme a describir hasta el final todo cuanto sucede en el micro-mundo de mi miserable existencia. Mi trayectoria, que se parece al tapiz de Artemisa, tal como se jugó al azar, tal como se creó de los materiales más vulgares y de los acontecimientos más improbables, no deja continuamente de sorprenderme cuando no llena seguramente mi alma de tedio, tristeza y terror.

El ardiente Flegetonte y la sombría Estigia definen mis días cuando se alían con mi idiosincrasia colérica. Hace tiempo que me abandonó, por falta de dinero, la carnal Afrodita, hija de Zeus y Hera, que dio vida y contenido a mis noches libertinas en los bares de Triana, convirtiendo así la belleza inteligible, inaccesible, en mi fantasía desenfrenada. Interpreto las fases de cada día mío como típicos ejemplos de cuatro clases de melancolía: *melancholia ex sanguine*, que dura poco y tiene relación con mis momentos afortunados, cuando gozo, sentado en un bar, del eterno rioja; *melancholia ex phlegmate*, que se apodera de mí las fastidiosas tardes de invierno; *melancholia ex cholera rubra*, que constituye la expresión típica de mi nariz roja, de mi máscara y de la palidez de mi rostro bajo mis ojos, y la *melancholia ex cholera nigra*, que constituye mi persistente situación ahora que me abandonaron las pasiones y los deseos. Nunca comprendí por qué debería hablar continuamente sobre las contrariedades de mi vida y mis tristezas, consecuencia de mi indomable carácter y de mi egotismo. Porque, al parecer, sólo hablo de mí en este diario melancólico y fastidioso. Pero lo que me parece lo más infame, lo más masoquista en mis diarios vagabundeos y acciones, es la recogida de El País de los cubos de basuras según su lectura sobre el estilo oficial y declarado de estas hojillas que, desde hace décadas, pisotea el alma del sevillano medio.

Si caigo un atardecer, lo más probable es que me coloquen con la espalda apoyada en un cubo de basura. No estoy seguro de que llamen a una camilla. Ningún misterio. Todo artista de la calle, después de breves períodos de resplandor provisional, está obligado a convivir con la tristeza de los arrabales, con los parajes secos de su alma, con la idea de que estará obligado a beber agua de los surtidores cuando entre en los bares y las cafeterías de la calle Sierpes, en el mes de julio, al mediodía y no le darán una servilleta de papel para limpiarse su rostro sudoroso. El peligro es uno y único, perderte, puesto que antes lo perdiste todo, en esta situación general de pérdida del alma que los filósofos diletantes de este mundo llamaron globalización, potsmodernidad, y no sé qué otra cosa incomprensible meterán en la cabeza para camuflar la antigua situación, tu alma para siempre, los mariquitas. Ahora, sin embargo, ha anochecido. Cierra la puerta y arrastra las cortinas. Es hora de hablar, cara a cara, con ánimo secunda, a tu alma más baja. Entonces, el elemento de la reproducción no te interesa ya, el representar el pobre pellejo de un payaso errante, lo que no tendría una influencia seria en el arte que nunca se desarrolló con imitaciones. Sobre tu alimento y tu desarrollo ya hablaste y en cuanto a tu concepto exterior y tus cinco sentidos que aceptan y comunican los signos del vulgar mundo externo, que nada se diga ya, porque a la otra, tu concepto interno, o fantasía, esa que a veces llamas *imaginatio, sensus intimus*, burlándose de la gorda maestra de latín que te tenía en el ojo en el colegio, la perdiste ya, no es en absoluto libre y se define, como sostienen los su-

cios musulmanes cuando fuman el narguile fuera de las teterías de la calle Elvira, como «destino». El destino que no te hizo su poeta sino un insignificante payaso que sufre en vano por justificar su pobre existencia en un mundo incomprensible.

* * *

l público, sin el que no tendría sentido alguno tu existencia, porque no gozarías sin sus insultos y sus gritos, de la música de la soledad sonora, es el mítico Minotauro que viene sobre ti en múltiples metamorfosis y que, al final, deberás matar. Gregario y descortés un día, en tus más afortunadas muecas, se ríe o se muere de risa. En tus acrobacias peligrosas cierra un instante los ojos. La perfección en la ejecución de un número, los agraciados flik-flak y tus ataques espirituales lo anonadan. Por un momento haces como que piensas. Todos esperan eso, una desordenada caída tuya, para romper a reír. En tu última caída, sin embargo, estarás solo. No habrá nadie que te recoja. Nadie se asombrará si ve caerse a un giri el mes de julio, al mediodía, en medio de la calle Sierpes. Todos pensarán que la causa de la caída era el calor o la dosis mañanera. La cuerda, la cuerda, lo sabes, te mantiene mejor que la marihuana y el hachís. Es menos peligroso. ¡Pero, en la casa del ahorcado, como dicen, no se habla de cuerda! Determinados payasos juegan con la cuerda, intentando tranquilizarla, hacen nudos mortales como los verdugos y fingen que se colgarán atándola en lo alto, en la rama de

un árbol, para caer después con estrépito en el suelo, diciendo al público que el diablo, que se oculta en los detalles de la representación, desató el nudo para salvar al payaso porque le había gustado su agraciado tinte. Pero ojalá supieras de qué diablo hablas. ¿De aquel que, como niño-tiempo-Cronos, juega con las fichas que te quedan, tendiendo otra cuerda invisible, pocos centímetros sobre el suelo, exactamente a la altura conveniente para tropezar un momento sobre ella, o de aquel que espera que abandones tus habilidades, que arda tu aceite para venir a clavarte una moneda en tu boca sucia de alcohol y de hambre y llevarte en su barca al Aqueronte? ¡Ay, ay, ay! dicen los granadinos. En vano, tus pensamientos poéticos. En vano también tus meditaciones sobre el arte decadente del payaso. No es posible que uno los tome en serio, porque, si se imprimen por suerte un día por algún editor de insistencias curiosas que comprendió tu intención de escribir, sobre tu arte, un poema autobiográfico que contuviese, en dosis iguales, el veneno necesario para pasar a tus venas, no brillará la verdad. Alegará como sucede en la oscurecida poesía contemporánea. No es posible, entonces, que se descubra la verdad de un hombre que hizo frente a los saltos y retrocesos de su alma entre el deseo y la melancolía, como fiera salvaje, y se puso, con un coste, a que su alma los amansara, porque el diablo, que se regocija en vivir en la mentira, se oculta también en el final de la representación.

Qs aconsejo, hermosas sevillanas mías, que seáis ahorradoras con la suntuosidad en vuestras vidas personales, que os pongáis de vez en cuando vestidos viejos y estropeados como los payasos de la década de los treinta, y que saquéis, con devoción y no con movimientos nerviosos, las decenas de pares de zapatos de vuestro guardarropa. Inmediatamente concebiréis, coquetas mías, que no os pondréis nunca algunos de ellos. Poneos, en el verano, chanclas de colores para que escuchéis sus sonidos al más pequeño balanceo de vuestros cuerpos y os sintáis encantadas, como las gitanas, con sus colores. Todos tenemos hambre y sed de una aparición encantadora, aunque nos pongamos los vestidos usados de este mundo. Cuando me visto de harapos, veo con sorpresa cada mañana, en el espejo de mi habitación, que soy otro. Y es natural que no me extrañe, puesto que soy un payaso al que le vienen en caja las payasadas. Me tiño apresuradamente y voy a la peluquería más cercana. «¿Cómo te parece mi aspecto?», digo al sorprendido peluquero. Y él, mirándome otra vez con una sonrisa burlona, me responde: «Hoy estás encantador, payaso mío, ceguera tendría ante ti, si apareciera, Lodovico Sfortsa». «Gracias, señor», le respondo, «este otoño es duro para los payasos y los cambios diarios en mi vestimenta no pasarán desapercibidos, pero, por la noche, cuando salga ensangrentada en el cielo la luna de Lorca, nos sentiremos, todos nosotros, los amantes de la perfección y la belleza, otra vez culpables». «Sabes que nunca escucho las tonterías de los soñadores y de los poetas», me corta, «especialmente los días de paro en que, como veo, tras la cri-

sis que pasamos, se reúnen peligrosamente. Anda a cortar piedras en las canteras de Almería, muchacho mío, para conseguir tu pan más honorablemente que los perezosos que se hacen el inválido, y que los payasos que repiten las miserias del Lazarillo de Tormes para seducir a los niños pequeños y a las señoras inactivas. Se ha llenado el negocio. El otoño es duro para la pobreza y tu vagabundeo, gratuito».

* * *

¿i vagabundeo gratuito? Pero ¿qué dice este canalla?

«Oh investigador de la anatomía de la cabeza humana, no te apena», le respondo, «el hecho de que llevaste contigo conocimientos científicos gracias a los pelos y a la piel de tus clientes. Sería mejor que dejases la ironía, ese mal estilo para los peluqueros de Sevilla, mediano pero ideal para los payasos como yo, y que glorificases a tu mentor o amariconado que en la escuela de peluquería de Tánger volvió tu interés hacia una superficie tan admirable. ¿Es un arte de pura fantasía, como la mía, tu humilde arte de peluquería? No creo. No le faltan los valores formales, no pueden faltar en ningún arte que luche por demostrar la belleza, de otra manera la sensación de bienestar que pasa al alma directamente desde el ojo se trastorna. Mira, los elementos de mi facha risible y los colores de mi vestimenta se someten completamente al contenido y al concepto de mi arte. Pero esto último, amigo mío, no se somete a nada, es libre

fantasía, invención del instante. Digamos, entonces, que, cuando construyes el mapa topográfico de la piel grasienta de la cabeza de un abogado gordo y feo, cuidando no cortar las aceitunas sobresalientes de la superficie, haces una visita educativa a la tierra de la más profunda comprensión del arte de los cabellos. Desde un punto muerto, en el que la naturaleza sabiamente colocó, con el arte del sfumato, capas sucesivas de caspa, arranca el primer movimiento del habilidoso. Al poco, una parada y una respiración profunda de tu cliente sudoroso y una breve broma con el pequeño florista negro que te hace señas por la cristalera, moviendo con sentido un ramillete de rosas de Huelva. Un movimiento del cuerpo hacia atrás para ver con mayor sangre fría cuánto camino recorriste ya para el enfrentamiento radical y profundo de la caspa. Después, fijarás tu mirada en los grabados de la pared de enfrente con Don Quijote y Sancho Panza para disfrutar en profundidad de las bajas colinas con los molinos de viento de la Mancha. Un gesto de irritación de tu cliente te saca de tu delirio momentáneo y te miras a ti mismo asustado en el espejo afilando una navaja en una tira de piel de toro y apoyándola después en el gordo cogote del abogado. Sancho Panza se parte de risa en el cuadro y yo, tu prójimo, hago señas con sentido-calma y ¡alguna exaltación obligada! Tu navaja hiende una pequeña elevación de grasa salpicada de caspa y comienza a ramificar un denso montón de negros pelos de cochino. Tu mano se siente forzada por un momento, la navaja pierde su camino, intenta volver a encontrarla otra vez, describe especialmente el movimiento clásico brusco del hacha de un carnicero que corta

los pelos que se oponían al cuchillo con un diestro movimiento. No tengo ya tanta sangre fría, hablo a solas, en otro cuello vería montones de seda, sin embargo, donde sea, destilaré a mi pobre payaso. No es fácil este combate con los pelos de cerdos ni existirá jamás aquella época dorada que visualizó Leonardo, en la que hombres humildes como nosotros, para ejercer su oficio, vestirán caros ropajes que parecerán usados como delantales para que caigan en ellos los pelos de todos los ciudadanos de pelos de cerdo de esta ciudad».

* * *

Toda lengua, también la lengua de los payasos, es un organismo vivo que se desarrolla continuamente, mostrando su originalidad, sus capacidades adaptativas y su flexibilidad inventiva. No existen reglas inmutables en nuestro arte que los críticos flemáticos consideran como el arte por excelencia de la transgresión. Sin embargo, eso no significa que no existan también principios reglamentarios (mis antepasados los mantenían) cuya transgresión presupone su conocimiento.

Hablamos de esto: la lengua de los payasos no moraliza como la de los poetas, que a veces se engañan desvergonzadamente, sino que tiene su propia ética subversiva. He aquí algunos ejemplos:

I. Saber utilizar diferentes *apparatus* o instrumentos. Algunos payasos gustan de demostrar sus bajezas espirituales haciendo volteretas de culo

ante sus superiores y raspando a veces, como los chimpancés, su nariz roja y sus órganos sexuales: peligrosa actitud del joven autosatisfecho que atrae algunas veces un castigo fatal. ¿Cuándo la plasticidad irregular de los movimientos de un payaso no provocó la cólera oculta del señor como lo malo de su repertorio? Rara vez la gloria de los momentos de fortuna nos hace caminar con las malas disposiciones psicológicas de los señores que deberían cambiar hacia el fin de la representación. Al contrario, entonces, de su primer culo militar, al contrario de la disciplina militar y de su seria apariencia y por encima de nuestra libertad lingüística e indiscreción con términos de arte, fortuna y audacia y sin términos. Nuestra meta es una: la forma simbólica del payaso se aviene al concepto de su papel, concepto de los actos de una representación atándose armónicamente a su forma. Ese es el fin más alejado de nuestro programa teatral, para cuyo éxito, señoras y señores, pedimos su colaboración.

II. Saber leer las tristezas y los aturdimientos en los ojos de sus espectadores. *Saper vedere*. Saber también cómo suavizarlos o moderarlos. Suprema maestría del artista errante es que no deje nunca aparecer sus propios descontentos. El payaso gnóstico los utiliza dentro de su repertorio, no los deja pasar como el diablo el incienso porque sabe que su transposición artística en afeites de felicidad es la partera del resurgimiento de la matriz oscura del inconsciente de la risa y consecuentemente de la satisfacción. Ataques equivocados para no caerte y no decir chistes conocidos e incluso más sabio aún, cuando se burlan de ti, fingir que los escuchas. Bloquéales la entrada la-

crando susceptiblemente tus oídos con dos pequeñas zanahorias.

Aparenta ser Elmer Fudd. Algunos payasos tienen sus orejas con la técnica del sfumato sentados al revés en una bicicleta frente a la multitud, sosteniendo firmemente que pensaron dejar dos agujeros para escuchar sólo sus adulaciones. Otros se sostienen diciendo algunas bromas insípidas, como que ensordecieron para bien por culpa de la falta de alimentación antes incluso de salir de la matriz de sus madres sordas.

* * *

Cada cosa en su sitio. Mi gorro en el clavo de la pared al lado del espejo arañado y mis campanitas en fila sobre el comodín. Más se reclaman hoy para el vestuario de un payaso que para una compañía de payasos en el Renacimiento. Y mucho más necesita comprender un payaso para sacar, en estos tiempos inseguros, más de lo que saca un gentío de gitanos del Albaicín.

* * *

Salento cómico y mente satánica. Los dos ejes del éxito del payaso. Y joroba natural si se la da como defecto, siendo injusta contigo, como con Cuasimodo, la naturaleza.

No basta con satirizar con brío malos textos. Se exige que seas coherentemente subversivo. Sinónimo del fracaso del payaso es el despilfarro de su talento, sus elecciones equivocadas en el vestir, en el momento de entrada y de salida de una plaza abarrotada y la burla de las bofetadas y de los soplonos de seguridad que acechan si dice alguna tontería para medirle las vértebras en su joroba con patadas y con porras ocultas en su fusta. Estoy, como todos vosotros, en el tubo, sin embargo nunca dejé de mirar con asombro las tristes estrellas de Vicente cuando estallan, las noches de primavera, sobre el Guadalquivir. Viviendo en la calle como los mendigos en las condiciones de vida más duras y adversas, nunca me sentí desanimado. Mirando por mi ventana los oscuros callejones de enfrente, siempre esperaba aquel rayo de sol mañanero que las atravesaría de luz. La duda y la desconfianza no caben en mi alma, son sinónimas de la psicopatología arrabalera del típico sevillano que, mientras lo tiene todo, vive en el pánico de su conciencia tóxica ante lo que quiere y no tiene, ante lo indeterminado que le falta. Hace tiempo que digo, cuando empieza mi día, la misma frase que los filósofos estoicos: «Es la vida, que pasará como quiera que sea». En algún sitio la leí pero no recuerdo el nombre del poeta que la dijo por primera vez. Roberto era su nombre, y su apellido, Albornoz o Juaroz. Cuántos nombres ha de mantener, cuando vamos a la arterioesclerosis y a la vejez, la memoria hueca de los hombres angustiados. Siendo un hombre desacostumbrado, sin planes preconcebidos, me obligué a pasar por calles que yo mismo preparé con mi fantasía y que los

demás temían o desconocían. Hundiéndome cada día en la soledad de la multitud, no buscaba, con el fanal de aceite de Diógenes, a alguien que viniera a enseñarme, procuraba sólo con mi arte hacer reír al rebaño humano y a suavizar con sus aprobaciones mi soledad sonora. Todo profesional que honra nuestra corporación es un provocador de nacimiento, una máquina bien afinada de producción de risa, un inflexible visionario y soñador. Como mis antepasados, que honraron la máscara del payaso y el cetro con sus campanillas, soy un hacedor de proyectos, un creador de estrategias de producción de risa, un maestro del esperpento que hace que el mundo se sienta estupendamente, transformando su malestar en belleza con sus espejos deformados. No soy cínico, no soy un vagabundo. Sé por experiencia las dificultades y los impedimentos, algunas veces insuperables, que emergen contra el ejercicio de mi humilde arte. Sé anticipadamente que siete de mis diez astracanadas fracasarán. No sufro vejación, sin embargo, porque la vejación es mi refugio, mi píldora, la conciencia de mi existencia melancólica, la situación natural de una existencia absolutamente familiarizada con el mitridatismo.

* * *

Cien muchachos y muchachas me piden, en el recinto de colegio de Santa Clara, que repita mi último número. Me siento incomparablemente más grande que los Grimaldi y los Charlin cuando me subo

con mi bicicleta sobre la cuerda extendida, mientras no se ha calmado aún el aplauso. Sé que cualquier voltereta mía, cualquier número mío puede terminar, en todo momento, en fracaso, en fiasco. La mala suerte, siempre envidiosa y celosa, acecha, como los obscenos bajo la cuerda, y está dispuesta a aplaudir con la multitud mi próxima caída. Lanzo mi cetro al aire y repito los mismos gestos mientras molesta de nuevo mi cerebro la pregunta más común: «¿Cuándo aprenderé, por fin, aunque la toque sólo un momento, la perfección?». Sueño con un nuevo método de producción de risa con la que pueda, enderezando viciosamente mi cetro, hacer desaparecer, como por magia, toda clase de tedio individual y colectivo y cuidar toda clase de psicopatología. Payasos, es preferible que continuéis ejercitando vuestro arte, estigmatizando la miseria de la riqueza, sinónimo de vida voluptuosa de todas las hermandades conocidas, de abogados, académicos, barrigudos, nuevos pobres, diletantes y mafiosos de todas las clases, maricones y politicastos. Los que atendéis al dinero, continuad las volteretas alrededor de vuestros gorros y no atended, por favor, a mis consejos. Lo asegurará también la multitud con un larguísimo aplauso: ¡digna, digna, vuestra paga!

* * *

étreos años infantiles. El padre en el exilio. «Elige», dijeron, «ser víctima y no verdugo». Nosotros, víspera de Navidad, en el olivar. Bajo la lluvia, bajo

un impermeable de nailon, silenciosas zanjás de dolor, recogiendo las aceitunas.

«Sólo la lucha por los derechos del hombre», decía parafraseando a Hegel, regala al espíritu el suelo para su autoconciencia. Quitaron al mundo la parte más viva de su verdad, lo desmembraron, envenenaron su alma, vendiéndola al diablo del dinero, turbaron su equilibrio con la naturaleza, le quitaron la perspectiva del cielo despejado y del mar que dispara chispas, cubrieron de grasa aislamiento su lirismo revolucionario, lo encerraron en los cuatro muros de un despacho, lo enviaron al cura de la parroquia para que se confesara de sus culpas, diciéndole que el ejemplo viene de arriba, que Dios hizo a su imagen el mundo y que el hombre es castigado cuando no se adapta a esa imagen. Crecí en la fría atmósfera de clases escolares de un colegio protestante, siendo una de las víctimas de este catecismo que siempre terminó en la paradoja de una y única verdad: adaptarte a la idea de que no eres nada más que un ser hacia la muerte, y creer en Dios aceptando el final de todo lo humano. Eso me enseñaron en la época en que quería creer en algo, que amaba espontáneamente a todo el mundo, que planeaba mi primera oportunidad de evasión de esta cárcel espiritual que me hacía no creer en nada, no reír, no amar a nadie. Las escenas de mi vida bohemia, tras mi despedida del colegio, se parecen al entramado de las obras de Seurat, grano a grano. Mi arte se formó, entre sus episodios sucesivos, con pinceladas de secos colores melancólicos colocados sobre espesas capas de color, como sucede en los mosaicos bizantinos y en

las obra de Tiziano y de Turner. Si intentara describir el lienzo de mi alma, cuando cambiaba con el ataque de los elementos que, día a día, llevaba a mi arte en mis representaciones, la forma se disolvería en una armonía admirable para conceder las más llamativas instantáneas que más tarde me descubrirían como misión y como necesidad o como aquello que dicen los franceses de cuantos entraron temprano en el alboroto de la aventura, que es ganar cada día tuyo los medios más endebles de tu vida (de *gagner sa vie*).

* * *

Siempre me preguntaré por el sentido del nombre que me conceden: «Payaso». Que quiere decir aquel que vistió las ropas usadas de este mundo. Yo, sin embargo, elegí voluntariamente identificar mi destino con los ensangrentados. Era libre, por lo demás, de elegir otra carrera, otro arte más fácil, una profesión menos insegura como la de conserje o vendedor de perfumes. Ni siquiera en Sevilla llegué a dejar mi gorro y mi cetro de campanillas en la calle Sierpes, para siempre. Me fui a escondidas una mañana otoñal de las nieblas del norte. Me persiguió hasta la frontera la policía de Belfast, porque tenía fama de agitador y revolucionario que mantenía tratos con el IRA, me proscibieron amigos y allegados. Y la tierra que me acepte como emigrante no será mi segunda casa, ni mi tercera, por incorporación, oportunidad.

Así, parece como si me hubiese arrojado hasta aquí, abúlico juguete del azar, mirando con un ojo siempre intranquilo a la frontera y, con el otro, esperando a los perros, el táctico asalto nocturno de los guardias. No espero el día del regreso, ni espero la más pequeña señal de cambio desde la orilla opuesta, los mensajeros de los que esperábamos, cuando supimos que no iban a aparecer, noticias sobre el futuro de los intrusos de esta ciudad. ¡Parece que no existen! Ay, no me engaña esta falsa moneda, ¡el silencio! Era siempre el oro de los informadores. Llegan hasta aquí los gritos y los chillidos de los guardias que me buscaban cuando cayó el primer clavado bajo los puentes del Guadalquivir. Soy una copia mal impresa de sus ilegalidades, el ídolo, el reflejo vespertino de sus culpas, que consiguió, con el asesinato de Lorca, traspasar las fronteras de España.

* * *

Arte de la risa, poder y sublevación. Quizás tuviera razón Bajtín. Con el paso de los años comencé a creer cada vez más en la fuerza subversiva de la risa, en la ruptura entre el mundo corrompido del poder y el artista depravado de la calle que vive no sólo su propia indigencia sino también el despilfarro susceptible de sus correligionarios en sus paseos diarios por calles de Sevilla. Sí, es una insoportable prueba psíquica sentirte un villano, vivir cada día tuyo bajo acuerdos de inseguridad endémica, saber

que no hay lugar al que puedas fugarte. Sin embargo, es más humillante no transformar tu villanía en burla y risa y no volver estas dos armas contra sus productores. Existen pocos momentos de reconciliación del payaso con el poder. Momentos en que comprende que no es sencillamente duro sino asesino. Los reinos y las dinastías corren y pasan a la historia. *Corsi e ricorsi*. El payaso se queda moviendo simbólicamente su cetro contra todo poder. Pero el recuerdo histórico, como el poder de los príncipes y los reyes, es duro. El arte del payaso es implacablemente tierno y, por ello, subversivo. Risa y poder. Nuestro arte surrealista es, en su movimiento, la expresión de esta sublevación de los depravados contra todo poder. El error del poder yace en el hecho de intentar proteger el pasado que está amenazado por los derechos del futuro. El payaso verdaderamente subversivo se basta sólo con la irrisión de las hipérboles y las maldades del poder aunque se interesa también en la representación simbólica de los derechos del futuro. Opone siempre la desobediencia de Nietzsche, conspira públicamente, representando un mundo de lucha eterna entre el bien y el mal, como es, mostrando su terminación fatal, el infierno de los deseos despiritualizados de la burguesía.

* * *

Los sintecho, los mendigos y los locos en nuestra ciudad aumentan sin remisión y tiende a parecerse

a un bazar marroquí. Todos los alrededores sociales de Sevilla están mezclados desde hace tiempo. Nadie se interesa ya por la situación de exclusión que viven los hombres inútiles como yo, que afortunadamente no duermo en la calle, no paso frío, no paso hambre, no terminé aún viviendo envuelto en periódicos y cartones en cabinas de teléfono y en espacios de aparcamiento de vehículos. Mis colegas no tienen ningún acercamiento a subvenciones ni ninguna suerte cuando llaman a las puertas de los despachos para un trabajo recompensado. Estamos *hors du nomos*, fuera de toda ley, rechazados para siempre y en situación de un doble resbalón, puesto que nadie nos conoce, ni puede conocernos, sea ciudadano fijo o transeúnte. Seguramente debo confesarlo. Desde que decidí vivir fuera de las normas sociales, nunca me sentí libre y apartado de esta sensación corrosiva de lo efímero, de lo que pasa, de inseguridad, de indeterminación, de carácter provisional de toda instalación mía incluso en la vivienda más segura.

Naufragio ruinoso de la noche, no me sorprenderé si caigo al andar al amanecer por la calle. Algunos días me hundo en la multitud de esta plebe multicolor que se muestra como una masa ruidosa y peligrosa sacando su lengua amenazadoramente en las plazas públicas. Así, ¡eso era! Eternamente expulsado del Paraíso, siempre estigmatizado con el apodo de «marrano», siempre perseguido por los guardas de la ley, me encontré dando la batalla por la supervivencia vendiendo mi mercancía en el ágora más ruidosa de las mentiras, en medio de la calle Sierpes.

Oh, amigos, celebremos otra vez la vida sevillana y sus gracias. ¡Cantaremos una oda a la cultura popular de la risa, en la lengua impura de Sancho Panza, en la sátira inmortal de Aristófanes, de Quevedo y de Lope de Rueda! Su tema será una gran función que ocurrirá en todas las plazas de Sevilla y estará dedicada a la risa, a la alegría, siendo al mismo tiempo una sátira despiadada contra las mentiras diarias de la aristocracia sevillana. Qué mejor, en estos tiempos miserables, que comenzar uno a cantar la canción de los humillados y los despreciados.

* * *

Este diario es el florilegio de una subcultura de la risa y de la mofa desde el mundo de los mendigos y los atormentados de todas las clases. La importancia de este antimundo cómico-trágico se basa en que la realidad se representa mejor como deformación universal o como reflejo deformado de los violentos y grotescos puntos de vista de la vida sobre espejos cóncavos. Se trata de una inversión dramática de las identidades de todas las personas que actúan en la escena, en la que los pobres salen como ricos y los ricos son representados como pobres, mientras emerge, desde una tormenta de imágenes surrealistas, con todo detalle, la miseria de la riqueza.

* * *

En un cuento medieval se hace mención de un extraño payaso que era el único superviviente de un circo portugués que había ardidido por causa desconocida nada más llegar a un lugar de Sevilla. Vivía, según cuentan, como Diógenes dentro de un barril, se alimentaba de lo que le tiraban los transeúntes a un paño de piel tendido a sus pies, dedicaba sus números a la Virgen de La Rábida y bailaba ante las casetas, en sus fiestas, provocando a las parejas enamoradas con su sensual baile oriental. Los sábados hacía diferentes números peligrosos bajando y subiendo a una rueda metálica sobre una cuerda tensada sobre el Guadalquivir y ante los templos catedralicios de la ciudad. Dicen que lo condujeron con procedimientos sospechosos y lo quemaron, con dos putas, en la hoguera, cuando una noche derrotó con su mofa y sus chistes a la asamblea de un archiduque, acusado también de que sus groseros piropos transportaron el mal agüero de las víctimas de su ironía al jefe ironizado. Es seguro que su terrible muerte no fue acompañada de un funeral convencional en el que hablara algún compañero de su oficio. La multitud esperaba que cayera de la cuerda que él mismo sentía más segura que el suelo de piedra. Dicen que sufría de una soledad mortal, que consideraban consecuencia natural de la pérdida de los suyos, y que por eso vivía, puesto que había perdido su razón, en su barril. Sin embargo, lo veían en los parques bromear con pequeños y grandes moviendo simbólicamente en el aire una botella medio llena de eterno, como decía, rioja. La muerte y los espías lo esperaban bajo la cuerda. Parecía como si hubiera muerto antes de subir con su bicicleta improvisada. ¿Sabría entonces que la muerte lo acecha-

ba en la exedra? No se sabe. Hasta el momento en que fue conducido a la hoguera, hasta el momento en que fue entregado a la muerte, dicen que se mostraba con sus ataques y sus chistes, con la audacia y la sobrada habilidad que exigía su arte. Qué dignos de pena eran los representantes de la aristocracia sevillana tras sus símbolos caducos y las risas características de su clase, como el tocado, los bigotes empolvados, los anillos, los fantásticos sombreros, los cordoncillos, las falbalás, los penachos. Mostraba con su arte qué difícil es exponerse a sí mismo al peligro de la desaparición corporal, siéndose del poder. Sus antepasados, los siervos de Aristófanes, de Plauto y de Terencio, y también los mimos bizantinos, algunos acróbatas admirables de la Edad Media lo recibieron en sus brazos como el más fiel servidor de Pantaleón, de Dottore y de Capitano.

* * *

No es tan fácil cambiar de estilo de vez en cuando y conservar siempre un semblante cómico, como para la renovación de nuestro guardarropa, que no se diga, no es hipótesis fácil recurrir a materiales pobres, se necesita una máquina de coser y las capacidades del sastre o del modisto. Al paso de los años aprendí a preparar mis máscaras y mis vestidos, utilizando sólo harapos y restos de ropas recogidas de los contenedores de basura. Dices que la disposición y la psicología del payaso dependen de los colores de su vestimenta y que las fluctuaciones de alegría y melancolía en su

mirada son enlace de los matices del rojo, del amarillo, del gris y del negro de su máscara. Lo original y lo nuevo en el aspecto y en el vestido, sin ser provocativo por necesidad, gusta a todos y especialmente a los niños pequeños, porque levanta sus deseos de variedad haciendo renacer al mismo tiempo sus gustos. El festín de los colores de la vestimenta del payaso es, en los momentos más afortunados de la distinción de su arte, análogo a los resplandores de sus gracias psíquicas. Los grandes artistas evitaron concentrar la atención en los matices del gris y del negro, limitándolos, cuanto convenía, a sus vestimentas, porque no querían que fuesen objetos del cuidado persistente del público la melancolía y los defectos físicos, que iban como guante a los colores oscuros y tristísimos de su vestimenta. Así también incluso sus preferencias no se tomaban como defectos. Este estado se gana seguramente con los años, con la experiencia, y la peor de las penas del payaso es la del diletante, que no maduró jamás y continuó ejerciendo con melindres su arte, quedando así como víctima de la forma particular de su voltereta, de su nariz asimétrica y completamente roja y de sus caprichos de toda naturaleza.

* * *

Uida bohémica inestable y una libertad exigente. Una libertad que pertenece a aquellas pequeñas verdades que, por más insignificantes que parezcan, tanto más se hacen a veces objeto de combate en insípidas octavillas de los críticos de arte. Las razones de los

representantes del poder que hablan de proclamarlo, y las limitaciones que lo contienen son numerosas. La libertad de elección del artista de la calle, cuya única dote segura es la desgracia, ya sea que se elija como ilusión personal, ya sea que se interprete como suprema verdad de una existencia maltratada, ya sea que se recoja en la clase de su acción antiautoridad, ya sea que se desvíe a la subjetividad, se mueva al número plural o se limite al singular, incluso si se considera que cumple el fin de una designación artística o deontológica, parece constituir el objeto de las razones más rechazadas y de los actos, parece oponerse a toda definición trabajada en bronce como las que fabrican los teóricos de la anticultura. Esta polisemia hervida de una vida tiranizada podría confortablemente interpretarse como sigue: no es posible describir lo que sobrepasa toda definición, es decir, la desgracia. ¿Cómo podría, por ejemplo, describirse mi psicología modificada que se expresa con la policromía de mi levitón, puesto que sobrepasa toda designación cromática? ¿Cómo podría descomponerse la mitología de la vida atormentada de todos los payasos insignificantes de esta ciudad mítica, de todas aquellas almas muertas que no se registraron en ninguna lista, y que apagaron, como Elpenor, su tristeza en el vino, nombrado por Dios, de Huelva, de todos esos espantapájaros que se encontraron resbalándose, a las cinco del amanecer, fuera de la taberna de Pica Lagartos.

Oh, Pobreza, pago del precio de la más natural sublevación de los desdeñados de todas las clases contra la vanidad de los amos y prestamistas de toda naturaleza y de minoristas. Oh, resplandor de abril bajo los párpados pétreos del Guadalquivir,

luz angelical que suavizas, dorando las proas de los pequeños barcos, la soledad sonora de los mendigos.

* * *

Se habla mucho, en una villa de la Mancha, sobre cuánto una emblemática figura como la de Sancho Panza, secundario en el mito de Don Quijote, puede tener una importancia simbólica diacrónica, diferente de la que tiene la auténtica novela. Yo que vi al hambriento héroe eterno como un payaso errante, afligido, o como una variación típica de mí mismo, comprendo mejor que nadie la manera con la que se comportaron los terratenientes descorteses de aquella época con el insaciable barrigudo que iba a ser, junto su señor, un símbolo universal. Y esto se hará evidente en las pocas líneas de la siguiente narración.

Sancho Panza, a quien su avara madre dejó que rabiara de hambre desde pequeño, dicen los lugareños en esta variante del mito, creció como aprendiz en un hostel, estando obligado por sus miserables señores a alimentarse de los restos de las cenas de los clientes y los transeúntes. Cuando más tarde, muchacho ya, consiguió escaparse de esta miserable situación, comenzó a enseñar a los habitantes de la Mancha el arte de la buena vida y de la obscenidad, blandiendo en sus representaciones, como los payasos del medioevo, en vez de cetro una pata bien asada de jamón ibérico. Más

tarde, puesto que sirvió como ordenanza al servicio de Don Quijote, aprendió, soportando las locuras de su señor, otros secretos, enriqueciendo su arte con nuevas técnicas, aunque también con una serie de recetas para la buena vida.

Cuando murió Don Quijote, viejo ya el hermano Sancho y asqueado de la avaricia y la crecida extravagancia de sus compatriotas, decidió abandonar su tierra y arrojar una negra piedra tras él, escapando finalmente de la pesadilla sobrevenida del hambre.

En la frontera, y antes de pasar a la bien gobernada Francia, entró en una taberna para descansar y disfrutar, con las pocas monedas que le quedaban, de una sopa caliente y al menos dos pichoncillos, se le acercó el viejo tabernero que lo había reconocido y le suplicó que le escribiera, con el pago de un menú por cada página, las experiencias de su vida errante, sus recetas para la satisfacción de los gustos de los buenos comedores y sus visiones y fantasías sobre sus futuras glotonerías. Nuestro héroe, para no parecer mal educado ante tantos ruegos y regateos sobre el avance de su ofrecido menú, como recompensa, no le privó del favor. Además, por primera vez era recompensado no por sus heroísmos y sus hazañas, sino por su mismo arte. Se sentó entonces y escribió en un voluminoso libro, que parecía no tener fin, todas las experiencias de la vida de peripecias que pasó como ordenanza al lado de su señor Don Quijote, describiendo con detalle cómo tranquilizaba sus intranquilidades y cómo curaba sus desvelos, añadiendo al final también un apéndice con recetas para toda clase de buenos comedores. Una noche

de primavera, un año después, apenas terminó la narración que le había pedido y habiendo puesto veinte kilos, se despidió con mil gracias del amable tabernero y abandonó para siempre el lugar en donde había nacido y había sido glorificado.

* * *

Con esta narración intenté describir la manera con la que se comportaron finalmente los avaros pero también los galantes españoles, pocos estos últimos, con uno de sus símbolos eternos, únicamente para que comprendáis su avaricia patológica, causa de mis males diarios por las calles de Sevilla, y también por qué intentan encontrar este despreciable, para ellos, registro cuyo mito, sólo para su perfecta custodia en las profundidades del Vaticano, no cesa, incluso hoy, de ennegrecer su fama como pueblo de hombres acogedores y afables.

* * *

Anocheció y vino otra vez el momento de los interminables pensamientos y del balance de una vida no realizada. ¿Qué aprovecha entonces preguntarte, de vez en cuando, cómo viviste? La cuestión es que sobreviviste. Y que todo fue juzgado y se perdió en ciertos detalles insignificantes que ahora hacen más dolorosos los recuerdos, ahora que los reflejos

de la luna en los cristales construyen un romántico guion otoñal para recordarte las sensuales noches primaverales de tu infancia con la luz de la luna, las sílfides en las corrientes, las nereidas en el pantano y los libros que deshojabas con los cuentos de Andersen y las imágenes mágicas. El mundo de la inocencia sólo cuando lo sueñas existe y la vida sólo tiene sentido cuando la vives como una ensoñación. Fuera y más allá de la ventana del hotel, se extiende de nuevo la Sevilla iluminada de cuya nocturna voluptuosidad disfrutaban los barqueros del Guadalquivir, los turistas rezagados y los poetas vulgares que continúan imitando sin habilidad las rimas de Gustavo Adolfo Bécquer, construyendo versitos sobre amores no realizados. Cuando lanzo al papel, esparcidos e indisciplinados, mis versos, sueño con una sevillana morena que baila flamenco en una terraza de Triana bajo la lluvia, con un cambista que no se aproveche de sus clientes, con una gitana que no intente robar, como se dice, el destino a los transeúntes, con un torero jubilado que acabó su carrera sin herida alguna en su cuerpo, y con un tramposo que no deplore su destino cuando juega su última partida de póquer con la muerte como oponente.

La vida, pobre payaso mío, cuando llegas a la última frontera tras un viaje fatigoso, se hace más interesante y especialmente cuando la cuentas con metáforas e imágenes. Y la poesía también, cuando deja de jugar con palabras, como un juego insípido y perdido, y se convierte en refugio para las aves entristecidas y las fieras heridas.

«locura que el espíritu
exalta y enardece;
embriaguez divina
del genio creador...
¡Tal es la inspiración!»

«Yo nado en el vacío,
del sol tiemblo en la hoguera,
palpito entre las sombras
y floto con las nieblas.»

G. A. BÉCQUER

Encontré a Gustavo Adolfo Bécquer, completamente al azar, en un bar de Triana. Era una noche helada de otoño. Afuera, desde hacía tiempo, nevaba. Esta sentado, pálido, en el banco y bebía sin interrupción. No lo había vuelto a ver tras su aparición inesperada en uno de mis sueños, pero lo recordé por su sombrero ancho, el mismo que llevaba en un grabado antiguo. Debo confesaros, haciendo aquí un pequeño inciso, que, en mi otra vida, la más personal y auténtica, la de los sueños, me ocupo sólo de temas artísticos. Una hermosa mujer apareció de pronto de ningún sitio, cogió un taburete y se sentó a su lado. «Quizás no me esperabas», le dijo en voz baja con su voz aterciopelada. «Viví otros veinte años tras tu pérdida inesperada siendo presa de los remordimientos y de los recuerdos de una vida incompleta señalada por el dolor, la melancolía y la enfermedad. Oh, viejo amigo mío, qué silenciosamente te fuiste, fue como habías previsto. Sin em-

bargo, yo sabía que volveríamos a encontrarnos otra vez una noche de invierno como esta, en el sueño, o, como solíamos, en una cafetería sevillana cuando todo hubiese terminado mucho antes. Quizás te preguntes cómo viví los años de tu ausencia cuando me instalé sola, sin esperanzas, en una nueva casa. Además, ya el primer día, puse a mis sirvientes a teñir de negro las cortinas, las paredes y los muebles y vi que era para nada, no era posible ocultar, en la atmósfera muerta de mi habitación, mi inmensa tristeza y que las cosas hermosas terminan un día, como la vida, en la derrota y sólo la primavera quedaba eternamente fresca y joven como tus rimas en los poemas dedicados a mí. Los momentos más hermosos que vivimos, Gustavo, se salvaron afortunadamente en tus versos desesperados que preveían que las esperanzas de nuestra juventud volverían a ondear al primer soplo del viento de nuestra desgracia en mitad de la calle. Ahora se nos terminaron las lágrimas y las cartas de consuelo que enviamos juntos a los amigos tuberculosos se nos terminaron y las noches de primavera en que recitábamos, en las viejas cafeterías de Triana, tus melancólicos poemas. Afuera, no dejó de nevar como entonces, y los clientes del bar continúan disfrutando de este engañoso calor nocturno de finales de noviembre, intentando olvidar sus problemas y sus relaciones que confesadamente se encuentran en una situación deplorable, algo que no constituye para nosotros un hecho novedoso porque, si volvemos atrás y vemos nuestra época, confirmaremos que eran épocas de crisis y que las relaciones humanas estaban siempre en una situación deplorable. La carga de los proble-

mas de salud y de desgracia del poeta desterrado, en el siglo, que como ser humano y como ser hacia la muerte debías esperar, Gustavo, era esencialmente el precio de la manera romántica y no probada de tu vida y de tu destino poético, con el que se jugó tu corta vida, desde tus principios románticos juveniles hasta tu muerte. Esta fue, en sintonía, nuestra historia erótica y los astros que continúan brillando en tus versos iluminan los jardines y los pequeños parques de Sevilla, en donde un día nos amamos sin sospechar que en breve este mundo terminaría con un sollozo.»

* * *

«**S**iempre quise saber, amigo Sancho, qué dicen de mí los terratenientes sevillanos que se agolpan en las plazas para escuchar mis tonterías. ¿Cómo juzga el humilde arte de payaso mi público, el pueblo sencillo, y qué piensan de mí los guardias cuando pongo en evidencia las suciedades de los políticos y de la burguesía corrompida?

¿Qué dicen de mi joroba, de mis sucios pies y qué dice de mi descortesía de descubrir, como Quevedo, en medio del ágora, los engaños de los médicos, de los abogados buenos, y de los intercambios ilegales de los pequeños comerciantes? ¿Cómo se interpreta la misión que he tomado de volver a traer a los labios de los amargados emigrantes la risa que le arrebataron los comerciantes de cuerpos que los trajeron hasta aquí, y los notables de esta ciudad que

se aprovecharon de ellos haciendo más groseras sus ya gordas bolsas.

Finalmente quisiera, Sancho, que me hables, y de lo demás que sepas por experiencia, de todos los trucos de nuestro arte que provoca la risa, con un ataque sólo, haciendo que los podridos vientres de nuestros señores se agiten y vengán hacia arriba y hacia abajo y cualquier otra cosa que divulguen de nosotros los payasos los perros de seguridad, lo que, al final de todo, haya llegado a tus oídos. Y quiero que me lo digas sin añadir nada a lo bueno y sin quitar ni una coma de lo malo, nada en absoluto, porque los sumisos servidores de la ley deben decir, no sólo a sus señores sino también a sus amigos de sufrimientos, la verdad intacta y como exactamente es, sin la adulación y zalamería de hacerla crecer y el secreto desprecio e hipocresía de empequeñecerla.

Y quiero que sepas, hermano mío Sancho, que si la verdad de los payasos llegara desnuda a los oídos de los príncipes, sin las ropas de la adulación, las cosas serían totalmente diferentes, nos habrían estrangulado a todos y nuestro siglo se caracterizaría como el siglo en que desapareció del rostro de la tierra la risa, como el siglo más oscuro tras el otoño del medioevo en el que, como sabes, encarcelaron en los asilos a los que pensaban al contrario junto a los locos y arrojaban a la hoguera a los payasos y a las magas.

Que te sirva esta información, Sancho mío, en responderme con toda sinceridad y con la mejor intención, de acuerdo con cuanto sabes, a las preguntas que te hice».

«Haré lo mismo, payaso mío», me respondió Sancho lamiendo el hueso que le había quedado

de un jamón acabado de cortar, «y con el acuerdo de que no se enfadará su señoría, ni será tocada su joroba por cuanto os diga, ya que quiere que vista mis palabras con las ropas de nuestro trabajo y no con las ropas domingueras de los ciudadanos y de los toreros, llenas de faralaes, pasamanos y adornos».

«Haz eso, Sancho, no se trata de recordar cualquier cosa que me digas, basta con que me digas la verdad, como tú la crees».

«Eh, entonces, lo primerísimo que os digo es que, para el pueblo, tenéis la fama del tonto más grande de esta ciudad y, para mí, el no menos perjudicado gordiflón por vuestra nobleza. Los abogados y los guardias dicen que, no teniendo vos los títulos necesarios para el ejercicio de su oficio de clown, os pongáis una máscara delante de vuestro nombre y haceos un payaso ambulante con cuatro raíces de hachís como fortuna y dos cartuchos de marihuana y también un harapo delante y un harapo detrás. Finalmente, los de las tiendas dicen que nos les gusta en absoluto que les echen a perder el trabajo los payasos y especialmente los que sacan humo de sus zapatos y cogen los puntos de sus calcetines negros con hilo verde».

«Eso», dije como Don Quijote, «no tiene que ver nada conmigo, yo, puesto que no puedo estar bien vestido, estoy siempre bien zurcido, puede que ande roto y quebrado, pero no por la edad sino por los combates que doy para romper la nariz de risa a los labios amargados de los hombres».

«En cuanto a vuestra valentía de satirizar siempre los malos textos y sacar a la calle las mariconerías y

las suciedades de todos los de esa apariencia», continuó Sancho, «vuestra noble procedencia del norte y las hazañas de vuestra nobleza, existen diferentes opiniones. Unos dicen: “Loco pero lleno de gracia”, otros: “Escabroso, pero jorobado”, otros: “Rechoncho y perverso” y entonces comienzan a proferir tantas otras cosas que ni a vuestra señoría ni a mí nos dejan un hueso bueno.

En otras palabras, amigo mío payaso, entre tantos defectos de los hombres de apariencia seria e interesante, pueden pasarse por alto también los nuestros, aunque sean únicamente los que referí».

* * *

No es la soledad del artista ambulante la que disfruto este helado atardecer de diciembre, recostado en un sillón de paja deshilachado en medio de mi habitación de soltero, es el consolador calorcillo de la estufa de aleación que calienta mi viejo esqueleto. Hoy por la mañana pasé por primera vez la gran puerta de San Miguel y entré en el interior de la catedral de Sevilla. Los pocos turistas que admiraban, en aquel momento, la genealogía del Cristo de Luis de Vargas se extrañaron de mi extravagante vestuario y consiguieron aguantarse con dificultad y no estallar de risa. La arquitectura gótica del templo más me asustó que me impresionó. Me senté solo en un estalo y comencé embarazosamente a rezar y a cantar incomprensibles padrenuestros por los pobres perseguidos y los débiles de este mundo que se

asustarían, como yo, ante semejante grandeza. Entonces recordé una frase de Nietzsche que, de vez en cuando, me venía a la cabeza. No reces sino glorifica. Que no te abata la tristeza sino que ensalces a Dios que te dio la fuerza y la gracia de ennoblecerla y de transformarla en risa y sátira anteponiendo siempre el lado alegre de las cosas humanas. Idealizo con mi humilde arte mis tristezas, las transformo en risa y eso me hace prematuramente dichoso. Lo que me impide humanizar mis tristezas y transformarlas en risa es insoportable e incomprensible. Siempre me siento extasiado y sorprendido cuando me pilla la locura de improvisar y el deseo de desviarme de mi repertorio diario. Entonces se me descubren lentamente todas mis capacidades teatrales y consigo que mis espectadores se mueran de risa cuando recito pomposamente fragmentos característicos del *Elogio de la locura* de Erasmo. Pero bastante os hablé, y una vez más, de mi humilde arte, diferenciándolo, de alguna manera, del estilo pomposo y el arte majestuoso de los reyes y de sus catedrales. Y, puesto que ya no aguanto los viajes y las narraciones comunes sobre mis pesadas vueltas diarias por los monumentos de Sevilla, no deseo nada más que callarme y disfrutar, en mi soledad sonora, del calorcillo suave de mi estufa de aleación.

* * *

 fuera nieve otra vez, como en las viejas novelas rusas. Víspera de primero de año, día de obligado descanso para todos nosotros, a quienes olvidó San

Basilio. Abajo, en la calle solitaria, un conocido mío marroquí busca en el contenedor de basura por si encuentra algo para cenar. Aquí el invierno es duro para los emigrantes, los artistas ambulantes y el ciego acordeonista de la calle. No se trata de que alguien cuente nuestra increíble aventura, amigo mío Menem, los detalles que constituyen nuestra vida triste e insignificante no quedarán registrados en ninguna parte y algunas pequeñeces pasarán al registro de seguridad, unos cuantos elementos de nuestro perfil sobre la tierra de la que venimos, sobre el día y la forma de nuestra entrada en el territorio, y quizás una descripción o referencia de los engaños que probablemente hayamos hecho. Nuestra biografía real, al parecer, no se escribirá nunca y nuestros sueños de un último sitio al sol quedarán finalmente sin interpretar. En estos tiempos penosos cuando sale la luna sangrienta de Lorca para suavizar, con su dulce luz, nuestras tristezas, todos nos sentimos culpables, quieren que nos sintamos culpables-culpables porque hemos llegado hasta aquí, culpables de nuestro color, de nuestra procedencia, de nuestra lucha por la supervivencia. Culpable se considera al niño cuando es sorprendido recogiendo cajas metálicas y restos de las basuras, culpable se considera, a priori, todo pequeño vendedor ilegal que será apresado por la policía local o por la odiada Guardia Civil. He aquí entonces, brevemente, el futuro que a escondidas nos dispusieron los europeos educados y arrogantes que se cortan, de vez en cuando, por la lucha colectiva en defensa de los derechos humanos. Nos decían: «La visión de la Europa unida de los pueblos se encuen-

tra por encima de todo y he aquí que hemos llegado». Que todo ha perdido su sentido en un mundo en que nosotros, sus rechazados, no parece que tengamos ninguna suerte cuando se añaden, día a día, otras injusticias a nuestro perverso destino. Nuestra inseguridad, amigo mío Menem, tiene que ver con la sensación de nuestra impotencia. Sé que hablas cuatro lenguas y que tu sueño es coger algún día el bueno, que la vida no te lo saque ya del revés, vendiendo dulces y comidas en una tetería tuya en la calle Sierpes. La no garantía de tu negro presente y la inseguridad del futuro oscuro, para todos los hombres de tu profesión, son los que hacen crecer el miedo terrible e insoportable que planea en tus ojos. Sabes muy bien, como yo, que el demonio del miedo sólo se exorcizará el día en que nos escapemos de nuestra cárcel social, sólo cuando salgamos de nuestra antigua situación. Somos los pobres universales que hemos sido desenraizados de nuestra tierra. Tú fuiste expulsado, yo fui apartado de la tierra estéril de mi alma, ya que fuimos obligados a buscar nuestra supervivencia, al llegar una noche a este barrio pobre, rápidamente agrandado, de Sevilla. La tristeza del barrio nevado, amigo mío, víspera de primero de año de 2010, se ha globalizado. Somos emigrantes en una tierra adentro que se encuentra en constante transformación. El triunfo del capitalismo universal nos hizo sobrantes, deshechos humanos en el crisol multicolor de Occidente. Un día, como masa de rechazados seremos tantísimos que estos señores, que nos amontonaron aquí, ¡se ahogarán en nuestros excrementos! Somos, para estos terratenientes, el enemigo fantasma que

continuamente construyen en los boletines de noticias porque ven que nuestra presencia en todas las partes de esta ciudad desbarata, además, sus antiguas grandezas perdidas y pone en riesgo su poder. Nos arrojaron cenizas a los ojos con sus proclamas sobre su sospechosa potencia social y nos dejaron a la piedad de Dios vagabundear, libres pero indigentes, sin trabajo y sin techo, en este contemporáneo estado-cárcel. La atmósfera de inseguridad es nuestra atmósfera y el aire que respiramos. Nuestra presencia masiva en las calles y los bazares de esta ciudad les hizo hablar en los boletines de noticias sobre la toxicidad aumentada de los amontonados por doquier deshechos sociales. Somos para ellos «los acuerdos sospechosos», los «hombres sobrantes» que aparecieron en escala masiva tras la aplicación de sus satánicas estrategias de la «antropofagia». La Sevilla de «nuestros gloriosos antepasados españoles», escribió un articulista de El País, «no existe ya y se ha hecho tan polícroma y multilingüe como París, Londres y Nueva York». Sienten dolor de cabeza ante la idea de que este peligroso y continuamente aumentado excedente multitudinario, este poso social que no saben cómo manejarlo, un día romperá los setos de su espacio dentro del que viven tras haber conseguido cierto equilibrio social. Contemplamos una anomalía que introduce una dinámica social y no, como decían antiguamente, un cuerpo social intruso. Saben que la mayoría de nosotros dormimos afuera, en la calle, en cabinas de teléfonos y espacios de paradas de autobuses, en los pasajes de la antigua ciudad y en espacios de mecanismos de recuperación de dinero de los

bancos, en los que entramos con las tarjetas y toda nuestra sucia mercancía apenas algún transeúnte pone su carta y entra. El poder social se desvaneció hace tiempo y cuantos escapamos de su asfixiante inspección combatimos cada día por la seguridad de casa y comida. Somos los parias de una nueva clase, los nuevos gitanos cuya chimenea no enciende y un día se escribirá por algún heredero de Lorca su nuevo romancero. Allí tendrás seguramente un sitio notable, hermano mío Menem, porque ya no recogerás hierros viejos y restos de comida de las basuras, estando finalmente libre de la corrosiva sensación de paso y de suciedad y de aquel miedo expansivo que te coge y hace que tu ojo se enfurezca cuando extiendes tus cartones para dormir en alguna cabina telefónica.

Desde el momento en que nos inscribieron como prófugos o giris, seremos tales para siempre. La acción de su calificación puso fin a cualquiera de nuestras diferencias. No hay camino para nosotros, mi hermano, y las calles del regreso al paraíso de nuestra edad infantil han sido tabicadas para siempre y todas las salidas de los muelles y los puentes del Guadalquivir conducen al infierno de nuestros deseos expirados que forman en un negro cuadro tus asaltos a los contenedores de la ciudad y mi propia subida a una cuerda extendida entre dos farolas. La sucesión, sin perspectiva, de nuestros días vacíos y difíciles, en el perímetro de la cárcel mental en la que estamos desde hace tiempo encerrados, es insoportable y dura para soportarla hasta el final, pero está el dios de los vagabundos, de los traperos y de los payasos a cuyo arte servimos y que nos ayudará

a no desnudarnos de ningún elemento de nuestra identidad, a que no terminemos teniendo como persistente riqueza nuestra vida desnuda.

* * *

Las tradiciones medievales hablan de un payaso pagano que, puesto que no creía en nada, dedicaba sus números y sus representaciones, moviendo una calabaza llena de rioja, al dios Dionisos, bailando preferentemente en las fiestas del vino y fuera del ruedo. Lo quemaron los jesuitas en la hoguera junto a ciertas magas y putas. Yo que soy, por convencimiento, anárquico y ateo no sé, antes de que me quemem, si existe alguna divinidad protectora de los cornudos a la que dedicarle mi representación vespertina, fuera de la estación de tren, que se basa en una vieja obra en un acto de Lope de Rueda. Quizás se la dedique a la diosa Estía en la que cree este cornudo bien vestido del norte que acaba de bajar del vagón de primera clase del AVE acompañado por una sufragista, puesto que tiene el estilo de Martín, el héroe de *Cornudo y contento*. Será su indemnización por su participación en mi representación. Basta con convencerlo de participar mudo interpretando su papel homónimo. La indigencia, mirad, fabrica artes. He aquí un antiguo dicho que va como guante a la vida inconstante e insegura de los saltimbanquis y de los payasos. Antes de levantar el escenario de mi representación, me sentí perdido, como siempre, en un mar de dudas. No es

fácil improvisar alguien cada día ni siquiera repitiendo con éxito el mismo repertorio. No sabía qué hacer para atraerme la atención y el interés de viajeros y de turistas que, por grupos, bajaban del tren y se dirigían a la plaza de los taxis que los llevarían a los hoteles y a los pobres hostales de la ciudad. Antes de subir a la tarima que había construido a mano con cartones, celosías y algunas maderas viejas que encontré detrás de la estación, dudaba entre la elección de este paso y de otro más molesto en el que un tipo aristofanesco hacía que los sufrimientos de los payasos se asemejasen a los de los antiguos obscenos de Atenas, mostrando al mismo tiempo la procedencia del arte de los primeros. Antes de subir a la escena nada me hacía distinguirme de los juglares ambulantes, de los gitanos y de los malabaristas, de guitarristas y de vagabundos, de las gitanas que decían el destino e intentaban robar algo de los bolsillos de los transeúntes, de los grupos de los anarquistas y de los estudiantes que llegaban para improvisar diferentes sketches para sacar, ellos también, su dinerillo. Nada, sólo los colores de mi vestimenta, la tristeza en mi mirada, una tristeza que sólo me dejará cuando muera, y mi nariz roja que son los símbolos de mi humilde arte. La idea de representar en una versión más cómica la inmortal obra en un acto de Rueda tiene que ver con el hecho de que conocía que los payasos, en la antigua Grecia, hacían lo mismo, interviniendo en los descansos de las representaciones teatrales o interpretando al final una versión cómica de la obra. Entonces, ¿por qué no soy yo el nómada, el lejano y digno descendiente de los Tersites, Ciciro y Filemón, amado por

el pueblo, que después fue santo? ¿Es que no intento lo mismo? Para no dilatar la gama de mi repertorio y para alejarme de la pesadilla de la desgracia y de la indigencia, comencé hace tiempo a interpretar diferentes papales como hizo Antonet quien, antes de empezar a trabajar como clown, hizo una brillante carrera dando representaciones en las plazas como Augusto. Seguramente no tengo la patente ni la perfección del anglosajón Tony Grice, que fue famoso en Barcelona el siglo pasado haciendo sus acrobacias sobre elefantes, pero quisiera haber tenido un amigo íntimo del mismo oficio para representar juntos el arte glorificado de la inmortal pareja Grock y Antonet, haciendo representaciones para los turistas fuera de la catedral de Sevilla. Pero, como quizás sepáis, amigos míos, amistades de semejante clase no prosperan en tiempos miserables como los nuestros. Deja que esa pareja se rompiera un día. A veces me da miedo terminar como aquel desgraciado Adrian Wehtfach que, mientras triunfó como payaso en muchas partes, cuando llegó a España se le negó la suerte porque comenzaron a acusarlo de que era un avaro y millonario que hacía de payaso por esnobismo. Hoy, desgraciadamente, no basta con mostrar uno la antigua estupidez de los Augustos que se acompañaban de ataques, humor negro y anécdotas escabrosas, no basta con tener una nariz roja bajo el sol y otra azul bajo la luna, como dice Lorca en su dedicatoria al arlequín contemporáneo, no basta un buen maquillaje, una vestimenta estupenda y la conocida tristeza en la mirada. Es necesaria, además de la capacidad de interpretación de diferentes papeles cómicos, la ca-

pacidad de hacer que la risa florezca en los labios de los caprichosos espectadores. No me he encontrado ni siquiera a un joven payaso, de los que salieron de las escuelas teatrales de Madrid y de Barcelona, que no haya sido dañado por los estudios enciclopédicos, por el culturalismo de sus maestros y por la forma de enseñanza de la historia del teatro y la literatura. Nuestro arte, que es y quedará como arte de la calle, porque de la calle obtiene su gloria, se aprende en medio de la plaza y sobre una cuerda extendida, y no tiene nada más que dar que aquella alegría suya que provoca la risa y el aplauso que es el otro rostro de la tristeza, de una tristeza que a veces nos recuerda la dignidad humana y la nobleza de los artistas populares de la Edad Media.

* * *

En verdad, ¿cuántos años hace que me senté en esta mesa apolillada y comencé a redactar mi biografía? Estas páginas son inevitablemente melancólicas pero leí en algún sitio que la opresión se vuelve creativa cuando uno encuentra la fuerza de convertirla en arte. La tristeza y la opresión que me provocan las cosas cuando caen sobre mí con su peso se transforman, en mis momentos más fértiles, en risa y ligereza. Sin embargo, no puedo avanzar con el dolor que proviene de mis derrotas, de mis caídas y de mis desvíos, porque no es manejable. Pienso que, si disfruté de ciertos momentos de felicidad en las vacilaciones de mi destino y en

los tantísimos cambios de mi vida errante, se debía a mi capacidad de ocultarme tras la mascarilla de un otro yo o de una persona novelescamente cómica, para que no me encuentre, como decía un sabio portugués cuyo nombre no recuerdo, la realidad. ¡La realidad! ¡Qué más fantástico que la realidad insalubre de las notas y los pensamientos irrefrenables que lanzo cada noche al blanco papel para suavizar el curso del tiempo! Pero todo avance del arte comienza por una primigenia intranquilidad humana que, en el mayor número de casos, tiene que ver con una situación psicológica encubierta e imparcialmente patógena. Estas páginas forman, muy despacio, mi martirologio de Job, el pequeño libro de mis caídas y levantamientos, el diario de mis amargas meditaciones sobre el concepto y la utilización de un arte que tiende en nuestros días a desaparecer. Pero ¿por qué me deploro a mí mismo, como hacen mis holgazanes colegas, y a mi oficio? ¿Por qué me quejo si los demás utilizan mal las musas de la risa en sus representaciones, haciéndolas golpearse con sus banalidades? Los payasos, en el medioevo, tenían en su repertorio temas antiguos, no entraban ni siquiera en el esfuerzo de construir un tema nuevo y representarlo de manera novedosa. Sólo se ocupaban en el tema de la expresión, sólo se preocupaban por lo que era más inmediato, más cercano y más sentimental. Los jóvenes, que partieron completamente diletantes como yo, cuando fracasan en una representación por su banalidad o su mala expresión, insultan y difaman a las musas porque no fueron benévolas con ellos. Ayer noche, por ejemplo, el público, en un hermoso café de Tria-

na, era escaso, imaginaba que la entrada había caído por debajo de las doscientas pesetas, me senté, un poco antes de subir a la pequeña pista, en un banco del bar y comencé a entretener la disposición de reírme con los de mi alrededor, a beber y a sacar otra vez de mi boca huevos hervidos y pájaros de mi camisa de mangas anchas. Lo conocido y usual que conocéis, amigos míos, y de lo que, dentro de poco, todos se cansarán. Debería subir a la pista, bailar sobre la cuerda extendida con movimientos perfectos, comenzar con brincos, volteretas, con saltos, y terminar con el salto mortal que haría que todos me mirasen sorprendidos y que me aplaudieran. Finalmente, antes de bajar del escenario, debía saludarlos con una inclinación y dar las gracias a la cuerda que me sostuvo derecho diez metros por encima del suelo de madera. Comencé a inspeccionar por nerviosismo mi vestimenta. Me parecía hábilmente provocadora porque borraba perfectamente mis secretos. La manta roja con hilachos naranjas, que salía por un escote redondo y abierto, caía bastante estropeada hasta mi cintura. Doña Elvira había dejado, hacía tiempo, de plancharme porque yo le retrasaba continuamente, como decía, el alquiler. No es fácil brillar sobre la escena cuando te acosa la miseria. Afortunadamente, mis zapatos rojos agujereados, mi correa bordada en oro, las cintas multicolores que llegaban hasta abajo, hasta mis piernas, y dos luceros dorados que estaban bordados por detrás en mi camisa salvaban quizás mi imagen. El público, en estos espectáculos, espera el momento en que el funambulista haga un movimiento en falso y caiga de la cuerda, como espera con impacien-

cia, mudo, el instante en que el toro rompa con sus cuernos el cuerpo del torero inhábil. Y qué si arde tu cuerpo por acertar en el salto perfecto o en las vueltas sucesivas sobre la cuerda extendida. Han venido a disfrutar de tus volteretas y, antes que nada, de tu posible caída. Les encanta la idea de tu caída, justifica tus fracasos y caídas, se aviene absolutamente a sus vidas pesadas y míseras. Sabes que, si caes, escucharás algunos ¡oh! continuos y quizás un aplauso burlón acompañado de carcajadas y risas interminables. Por eso, no les haga el favor. Cae expresamente de espaldas y levántate inmediatamente apoyado en tu cetro como hizo Grock ¡moviéndoles su trasero!

* * *

Al principio, y hasta que me incorporé al populacho de los artistas de la calle, me sentí como un parásito, un hombre superfluo, en la masa de los regularmente rechazados que formaban esta zanja multicolor que ha cubierto, como corteza, todo el tejido de la ciudad. Sabía que no se trataba de cumplir una función útil en esta tierra inhospitalaria a la que apenas acababa de llegar y ni siquiera aparecía en el horizonte cierta progresiva incorporación mía en el cuerpo social de la metrópolis andaluza. Yo mismo había excluido mi regreso al suelo patrio de esta zanja surrealista e inmediatamente comprendí que debía interpretar un papel o ejercer, como los marroquíes y los sirios, una profesión cualquiera de

peón o un trabajo de pie para poder salir adelante un momento. Elegí inmediatamente, como hicieron los conscientes snob de finales del siglo diecinueve, la diferencia, la proyección de mi individualidad y de mi temperamento artístico, porque no quería permitirles que me clasificaran y me amontonaran, junto a los drogatas y toda clase de rateros de la ciudad en la zanja que describí. Los deshechos humanos que continuamente se amontonan en las ciudades del mundo jamás contemporáneo no tienen ninguna capacidad de elección si no precede su círculo perfecto. Sin embargo, esta perspectiva parece ser, no sólo en principio, imperceptible y lejana. Lo sentí inmediatamente cuando nadie me hablaba y me miraban suspicazmente los primeros días de mi estancia en el hostel de Doña Elvira. Se habían tomado, desde un principio invisible, todas las medidas necesarias para la garantía de mi exclusión social. Era un típico emigrante que había llegado a esta renombrada ciudad desde el norte, un hombre sin particularidades, uno de aquellos tipos curiosos que había descrito con sobrada maestría Robert Musil en su novela homónima, y debería reconciliarme con la sensación, que me posee, de haber sido arrojado por la mano del destino a un territorio fenoménicamente culto pero sin nombre concreto, puesto que los nombres de las calles y de las avenidas no me decían nada, y grabar mi propia calle que conduciría hacia adelante, dando un sentido a un territorio de acción mía con signos y puntos socialmente reconocibles. A donde fuera, al principio, buscando algún trabajo de a pie, sentía que era un indeseable y no había de ello ninguna duda en sus miradas. El primer trabajo que encontré fue el

de recoger los excrementos de los toros en el ruedo, pero rápidamente me despidieron para poner en mi lugar a un sólido marroquí. Sentí que los sevillanos me miraban con enemistad como a uno de esos elementos míticos de la ciudad de diabólicos ojos rojos, inflados de sufrimientos, hambre y locura, que no se sabe de dónde habían llegado para sustituir, en su enferma fantasía, a las magas del medioevo y a los anarquistas endemoniados que los jesuitas arrojaron a la hoguera. Sus creencias urbanas sobre todos nosotros, los que pedimos asilo y trabajo, terminaron en la conclusión, tras cierto crimen, robo, incendio, de que nosotros estábamos atrasados, de que nosotros teníamos la culpa de todo. Las dos primeras semanas, tras mi llegada a la ciudad, sentí, incluso cuando estaba entre la multitud, que flotaba en el aire como un carnero negro en un vacío aldeano y que el tiempo se había detenido para mí. Vivía sólo la inmediatez de cada momento, de cada hora y día de mi vida errante puesto que en mi calendario personal se habían desvanecido como una mano invisible, hacía tiempo, las semanas y los meses. Estaba completamente sumergido en la desesperanza y en la sonora soledad del giri ocioso que se incubaba en las cuatro paredes de mi pobre habitación. Todos los elementos de mi vida fluida e insegura, como la estabilidad de mi transitoriedad, la sensación de lo efímero de todos mis actos, la continua confusión respecto al papel social que podría significar el ejercicio de mi humilde arte, se habían convertido en las almas en pena que me rodeaban diariamente. «Vine», respondía irónicamente a los primeros curiosos que habían comenzado a delinear mi identidad y a preguntar mi

procedencia, en el bar del barrio, «de muy lejos, de una tierra helada del norte que rara vez la mira el Sol, y tuve la idea luminosa de establecerme en vuestro barrio, pidiendo vuestra comprensión y cualquier tolerancia, puesto que se trata de ejercer la humilde profesión de payaso que seguramente no molesta a ninguno de vosotros, para asegurarme lo necesario para vivir y para no sentirme como vasallo o paria. Soy el representante de una utopía que trajo un viento desde muy lejos a vuestra tangible realidad del aquí y ahora. En antítesis a las utopías del medioevo, mi propia utopía actual regalará, en compensación seguramente, risa y color y sentido a vuestra vida ya sea auténtica, ya sea fingida y tramposa. Lo único que quisiera es que participéis vosotros también, de vez en cuando, en esta obra en la que somos, a distancia y al mismo tiempo, actores y espectadores a la vez, peones y jugadores ante un tablero en el que se juega, después, por arriba de la orden, una partida incomprensible en la que todos estamos perdidos».

* * *

La siguiente fase, en la que afortunadamente no pasé los primeros días de mi adaptación a la forma sevillana de vida, tras un período extenso de derrotismo, desesperanza y melancolía que llegaba hasta la náusea, es el descuido, la sequedad del corazón, la incapacidad de amar a alguien o a algo. Aunque incapaz, en este período, de amar a una mujer, intenté volver a dedicar mi amor al arte, en mi vida

inestable, a adoptar una situación de soledad en mis actos diarios, a la que después llamé la suave vigilancia de las cosas. La suave vigilancia de las cosas de mi vida errante que se basa en lo siguiente:

1) Someterme cada día a mí mismo a una cura de soledad. El desterrado, para sentirse dichoso, debe volver a nacer, debe cambiar su clima ético y el paisaje interior de su alma. Cuando un trozo de tu alma no te deja dormir por está hundido en la desesperanza, cuídate de que lo restante empuje a ordenar incluso tus más insignificantes hipótesis diarias, y que lo hagas solemnemente y sin interpretarlo como incapacidad o debilidad.

2) Dejar que tus tristezas me inunden aunque sean caóticas, ahora que mi único deseo es la necesidad de soledad.

3) Comportarme con ternura en las cosas de mi micro mundo, limpiar mi vestimenta y mi gorra, revivir los colores de mi máscara. He ahí una manera de conversar con ellos, humanizando mi sonora soledad.

4) Soñar, como los ropavejeros y los trogloditas, mi utopía para no terminar viviendo un día en cuevas. Incluso en los sueños generosos de los hombres más humildes, escribió una vez Anatole France, pueden nacer realidades benéficas.

5) El infierno de los emigrantes, y de los auto-desterrados en mi caso, es algo que me afecta. Si existe un infierno es el que vivo, yo solo, por las noches entre las cuatro paredes de mi única habitación, más peligrosa que el infierno que vive en mi alma diariamente y que me acompaña en mi intento de supervivencia. Una manera de existir para

no sufrir. Intentar conocerme a mí mismo y a los demás, quién y qué en el infierno no es infierno, no aceptando diariamente con mi arte el tormento de mi vanidad y de mis deseos desespiritualizados que también es un infierno.

* * *

 medida que envejeczo tengo la sensación, cada vez más, de que mi profesión ya no va bien con la época. Es una sensación que acompaña a todo payaso ambulante desde el principio hasta el final de su carrera. Una sensación acompañada también por ciertas preguntas inevitables. ¿Qué es lo que haría a nuestro arte adaptarse al espíritu de nuestra época y con qué regla podríamos considerar que pertenecemos o no pertenecemos ya a él? La respuesta es difícil puesto que son muchísimos los factores no pesados en la vida de un payaso y las influencias inevitables en su arte. Sin embargo, Bajtin, quizás el único escritor serio que se interesa por los términos de la producción de la risa en nuestra obra, la investiga respecto a la parte de la historia del carnaval en el medioevo. Su conclusión, tras una serie de meditaciones prolijas y pesadas, es que la risa constituye la principal fuerza de subversión del poder de los aristócratas y de los ciudadanos y que, cuando éste corre peligro por su influencia abolida, se criminaliza y se prohíbe incluso en las tabernas. Lo que le enseña la historia del arte del carnaval es que el artista cómico debe anticiparse con su arte a su tiempo para ser ca-

paz de desterrar con la risa lo que tiene de podrido su espíritu. Y, en lo que se refiere al arte del payaso al que no le basta, como a mí, con participar en el programa típico de un circo y decide ganar su alimento improvisando, en medio de la calle, los movimientos del cuerpo y de las manos, los gestos y los matices de su máscara, puede ser que el público reconozca un día esta doble capacidad de adelantarse a tu época y de encarnarla socavándola al mismo tiempo. Pero, desgraciadamente, una cosa es la teoría y otra la realidad cuando, después de cada representación y completamente inevitable, las cosas de mi mísera vida vienen cabalgando sobre mí. Vuelvo a distinguir un horizonte oscuro al que me acerco: mi regreso a la soledad sonora de mi pequeña habitación. Los días de descanso que siguen, para sufrir menos el lento y atormentado fluir del tiempo, los lleno de ilusiones y fantasías. Comienzo a pensar que podría terminar la lectura de Don Quijote en un día, que seguramente sería famoso apenas se editase mi biografía, que, en una de mis siguientes representaciones, realizaría el salto mortal perfecto, que cambiaré de pronto de oficio y me ocuparé de la tauromaquia, que me divertiré por las noches en los bares más caros de Triana en compañía de brasileñas y sevillanas de exótica belleza y que pasaré las noches invernales charlando con los toreros famosos sobre los secretos de nuestro arte. Como sabéis, amigos míos, el tiempo de creación de nuevas posibilidades para un joven artista, al que la vida no lo cogió por debajo, es extensible y puede tragarse todo eso. Esta impresión, de que la trama de nuestro tiempo creativo se extendió de pronto, es el beneficio que resulta de esta clase de

fantasías que nos ayudan a no destruir nuestra disposición y a encontrar la fuerza de volver a subir a la cuerda extendida. Todo artista auténtico, si quiere sobrevivir, deberá ser el creador de algunas nuevas posibilidades y el descubridor de nuevos proyectos, estratégicos y artísticos, como Leonardo, un soñador que tendrá conciencia del hecho de que vive en la época más oscura, en la que lo negro lo cubre todo, y que su destino será buscar las diferencias que existen entre los colores del arcoíris.

* * *

uando se acerca la navidad, me hundo completamente y más en la tristeza. Dicen que es la fiesta de los payasos y de los niños, pero a mí me falta la claridad de los días de verano. En los días de fiesta y de alegría me pesa la monotonía de todo. Por idiosincrasia, mi vida es *vita* contemplativa y en completa antítesis con mi oficio, que forma parte de la antigüedad como *vita* festiva. Soy un soñador melancólico para quien la realidad externa no tiene sentido sin prever sus lados oscuros. Lo siento cuando la tomo de los espejos cóncavos de mi fantasía y la deformedo para hacerla más soportable. Cuando me alejo de los hombres sin tener la más pequeña obligación de encontrarme con ellos, me siento libre. La libertad del artista es su capacidad de aislamiento y de ensoñación. Desde el momento en que me arrojé al alboroto de esta aventura, no hice nada más que soñar. La cuerda, mi máscara, mi cetro y mis

utensilios son mis permanentes tormentos. Conseguí la claridad exigida de mi espíritu, ejercitándome en ello, hasta que llegué al punto de ver incluso los aspectos más invisibles y secretos de las cosas. Comencé a enfrentarme estoicamente con lo probable, a dejar rodar tranquilamente la vida que me queda, aquí, en la calle Sierpes. Frío, noche de diciembre, invierno. No te atreves a arriesgarte a meterte en el bar de enfrente. Gozo del calor de mi única habitación envuelto en una manta, siempre solo. Me he acostumbrado a vivir con naturalidad en esta soledad sonora, reparar, cuando me aburro, mi levitón y dar lustre a mi cetro, hablando sólo con mi máscara colgada en la pared. Recuerdo las pocas noches sombrías que pasé en París cuando encontré refugio en los rincones calientes del metro, viviendo como un mendigo y siendo parte, yo también, del folclore multicolor de la pobreza y la desgracia. Deberé recurrir ya, con mi pensamiento, a semejantes imágenes desencantadas. Me despiertan la sensación de que, por doquier, seré un saltimbanqui insignificante. Me hacen ver a todo emigrante, en la calle, en los parques, en el ágora, por doquier, como un agonizante, como un desechado, como masa humana que se destina a la inmensa zanja que nos prepararon los ricos de Occidente. En el último tiempo, comprendí muchas cosas de mi arte y de mí mismo. Hablo menos de la jovialidad de las cosas que antiguamente me afectaban, de mi carrera en el teatro, que abandoné, de mi deseo de terminar con todas las convenciones, sobre mi necesidad de liberarme de todo hábito arrabalero y continuar viviendo mi vida fuera de los límites.

Mi tristeza, que está sellada en mi máscara, se refiere más a una relación espontánea de mi amor y abnegación con el arte de funambulista y de payaso, en las actuaciones y la crueldad de mi diaria vida profesional.

* * *

Cuando dos payasos se encuentran en una plaza, no significa ya que se comportarán el uno con el otro con gentileza. Lo más usual es que se inundaran de insultos uno contra otro. Son como dos marionetas que se mueven por diferentes intenciones. Sólo cuando una mano invisible coge todos los hilos, por detrás de sus espaldas, obtienen un fin común que los empujan a colaborar en el mismo repertorio. Sus éxitos dependen finalmente de esa mano invisible que mueve los hilos detrás de ellos. Pero ¿qué voluntad divina mueve esa mano?

* * *

Recuerda el caso del joven y hermoso torero al que desbarrigó un toro salvaje poco antes de ponerse el sol en el ruedo de Córdoba. Después, a sus familiares que se reunieron alrededor de la cama en la que moría su persona amada. El hermoso joven vive ahora en sus recuerdos y ellos están hundidos en el duelo. Los periódicos escribieron dos semanas sobre él, so-

bre su belleza y su bondad, sobre su gracia, su gloria y su valor, sobre el duelo de los allegados y las funciones luctuosas tras su muerte con los gitanos que cantaban soleares de muerte en su casa y con las plañideras sentadas en el patio en filas, como en la tragedia antigua. Por su inclinación a arriesgar y sobrepasar los límites jugando en el ruedo con los toros como un niño pequeño. Los versos que se escribieron sobre él me recordaron el caso de Ignacio Sánchez Mejías que fue inmortalizado en la poesía de Lorca. A las cinco de la tarde, entonces. Dije que una noche caeré yo también de la cuerda y que esa caída mía será la última. Cuando la muerte golpea por la tarde es más imponente. Gloria semejante para el funambulista que caiga de la cuerda por falta de habilidad. Si resbala y sale con dos fracturas, se aniquila automáticamente su fama. La muerte, en todo caso, es más justa. Ataca la era del miedo y el sufrimiento por encima de las cosas y las santifica. El funambulista muerto que cayó desde arriba se convierte en héroe como el torero. Su caída desde la cuerda y su muerte provocan la risa del público en el salto de los saltimbanquis inhábiles de los que se burlan haciendo cómica su caída. En el caso del torero joven, la atmósfera en el ruedo tras su muerte es imponente. Si alguien grita con fuerza su nombre, escuchará inmediatamente un largo aplauso y, después, en el silencio, aquel murmullo exagerado de miles de pañuelos moviéndose.

* * *

La vida está construida para sorprendernos, con sus grandes y pequeñas sorpresas, cuando segura-

mente no nos inunda de temor y pena, como en el caso de la gloriosa muerte del joven torero en el ruedo. La muerte, para el artista que vive su vida en los límites y en la suficiencia, funciona un día como un medio necesario que le ayuda a familiarizarse con los lados oscuros e invisibles de su existencia. Mi mismo arte no es más que un estudio diario de la muerte, un aprendizaje diario, una obligación que mi demonio me ha confiado. El terror de mi vida diaria, completamente desconocido para mi público, más temible incluso que el miedo a mi muerte que viene, asusta y desconcierta de vez en cuando a mi alma sensible. ¿Existe, acaso, algo más dulce-amargo que la enigmática sonrisa en la máscara del payaso que es, al mismo tiempo, la máscara de la beatitud y del horror? Me fue necesario gastar treinta años sobre la cuerda para concebir mi insignificante existencia como parte de un plan divino no interpretable que no podría invalidarlo ni la muerte, la muerte que estaba presente en todas las vertiginosas curvas de mi vida. Razonablemente, entonces, uno puede suponer que, como en el caso del joven torero que murió tan prematuramente en el ruedo de Córdoba, así también, en el mío, la muerte está infinitamente más cercana como posibilidad de mi misma vida.

* * *

La comedialización del mundo comienza por mí mismo. El conocer mis defectos, el reírme de mí mismo, es el atributo básico del payaso. He llega-

do a las lindes de mi tercera edad en la que nadie puede controlar sus capacidades y en donde el temperamento cómico se encuentra en el apogeo de su vigor. Como productor de risa para materializar mi obra, sé que tengo necesidad de soledad y tranquilidad en un espacio de recogimiento y aislamiento. Desgraciadamente, la habitación desordenada que pago con agonía cada primero de mes en el hostel de Doña Elvira es también mi camarín. Amo mucho, en verdad, esta habitación de soltero. Digo que, si un día me suicido, lo haré aquí sin ruido completamente. Queda, sin embargo, por ver si el suicidio, ese paso insensato, como dicen, es la última conciliación de una vida ensangrentada. No lo dudo. Por ahora, sin embargo, lo aplazo porque quiero organizar un poco los trozos y los desgarros de mi vida y mi pensamiento. Si consigo organizar un poco mi trabajo y pongo cierto orden en mis pensamientos melancólicos, si consigo vencer el monstruo del aburrimiento diario, quizás no sea necesario suicidarme. La muerte es para el payaso una liberación. Al morir no tienes más necesidad de los otros. El payaso se libera, de una vez para siempre, de sus penas, de su aburrimiento, de su vida tormentosa e insegura. Los reyes, al morir, dejan tras ellos sus posesiones, sus palacios y sus grandezas. Los payasos, lo imprescindible de un soltero, sus cetros, sus máscaras y sus gorros. Los desechados, los auténticos representantes del antimundo del poder, se liberan finalmente, ellos también, de los sufrimientos, los deseos, las manías y sus persistencias y de los símbolos que conformaron sus vidas.

* * *

Qués se exige hoy para ejercer el arte de un payaso de la calle de lo que necesitaban los cortesanos de la misma profesión en el medioevo. Más difícil es hoy conseguir que un hombre se ría que, antiguamente, una reunión de nobles. Duende, duende cómico e imaginación. Existen momentos en que no puedes tolerar más el paro de tu fantasía. Cuando la atmósfera está fría en tu habitación y, de pronto, te domina la sensación de que todo es vano y que envejeciste. ¡Oh, es mejor morir en estos momentos! Risa, arte y poder. Quizás Bajtin tuviese razón. Sin embargo, yo no creo en la absoluta ruptura entre el payaso y el poder. Porque este último día es impersonal. Deja que existan algunos momentos de reconciliación con él. Por ejemplo, cuando ridiculizas delante del ayuntamiento la barriga gorda y la política del alcalde respecto a los pobres y los que sufren, no deberás olvidar que los valores que afilas y representas con tu arte son valores mediocres. Es necesario, entonces, que tengas siempre un duende noble para evitar la mediocridad y los lugares comunes y para conseguir que el mundo ría con tu arte y comprenda que el poder sevillano fue y será siempre duro contra los pobres marroquís, los gitanos de Triana y los emigrantes de toda condición. Los años pasaron y sus miserias, desde la época de la guerra civil, puede que hayan sido olvidadas. El paisaje en Triana cambió radicalmente, los gitanos se fueron y llegaron

los clown del norte, los malabaristas, los guitarristas solitarios, y los violinistas ambulantes junto con los grupos de música de los latinoamericanos y los eternos estudiantes divirtiendo a los turistas y vendiendo su arte por casi nada a los nuevos señores. El paisaje cambió radicalmente y no hay inspirados pintores para dibujarlos. Sin embargo, estamos nosotros, los ambulantes hacedores de risa. Nuestro arte, como hacedores de risa, está en su movimiento, la expresión de la sublevación del hombre del pueblo contra el Poder. Nos llaman inútiles y dignos de pena porque nos sublevamos contra su propia inutilidad y desgracia. ¡Hablo naturalmente de la desgracia ciudadana y arrabalera de los sevillanos avaros que son los peores del mundo! Oh hacedores de la risa, lo comprendimos, nuestro tiempo es el tiempo de las grandes ciudades, nuestra propia revolución es la revolución diaria de la calle y de la plaza, es nuestra forma de transformar el cansancio humano, la seriedad y el mal humor arrabalero en risa, levantamiento, despreocupación y alegría.

Y ¿qué es entonces la vida de un payaso
 si no esta insistencia en pintar uno cada día
 en el espejo de una habitación alquilada
 en un hostel barato en una ciudad del sur, una
 [máscara
 a la que cambiar colores y expresiones,
 una máscara que un día será, tras
 su última transformación, el símbolo
 de una venidera muerte tranquila?
 ¿Quién sabe qué me sucederá mañana y quién
 [se preocupó
 de qué me sucedió ayer en medio

de la calle Sierpes? Se consumieron los años de
[mi juventud
en un instante como la última moneda de un
[jugador de cartas,
y la soledad era mi persistente compañera de viaje
en los trenes nocturnos que cogía, desesperado,
para escapar a ningún sitio.
Ahora me siento tranquilo en el extremo de este
[canapé estropeado
sobre el que se amaron con pasión tantas parejas
[ilegales
y escucho al anochecer sus suspiros
y sus gritos eróticos.
¿Cómo se perdieron tantos hombres,
cómo se transgredieron tantas promesas,
cómo se apagaron tantos sueños?
Señor, engañaste a los payasos ambulantes
[regalándoles,
al final, una cuerda de donde colgarse
y regalando a los desesperados amantes ilegales
una primavera extensa para cantar su sueño
[perdido.

* * *

Si esta persistente idea, que atormenta a los pintores sin talento, de que no puedes terminar algo y siempre los mismos caminos cerrados, ante ti, y la frase del poeta de Soria, que casca mi cerebro, de que no hay, dice, camino y que se hace camino al andar, ¿qué camino y qué andadura para un alma intoxicada?

da por las culpas y las grandes nostalgias de cuanto no viviste, de cuanto atormenta aún tu vida? ¿Cómo irás hoy a tu trabajo, cómo conseguirás mantener el equilibrio otra vez sobre la cuerda extendida? Cada mañana despiertas asustado por una insistente pesadilla de infortunio y te preparas para entender el sitio que te corresponde tras el cristal empañado de este bar de la calle Sierpes en donde se venden tantos prodigios y mentiras sin conseguir jamás haber ganado, tú también, un sitio entre los vendedores. Ojalá fueses un bracero fuertemente atado a un pueblo de Huelva o un carretero como aquel anciano pintoresco que espera que aparezcan los turistas peinando con lentos movimientos la crin de sus caballos delante de la catedral. Ojalá tuvieses algo tangible, algo completamente diario y palpable para no atormentarte por la espera de la aparición del público y de cualquier infortunio en tus siguientes representaciones. Y he aquí la felicidad común, payaso mío, que te regalará el mundo del trabajo diario en un despacho, en una compañía, en un comercio. Te pondrías por la mañana, despreocupado, con lentos movimientos, tu traje diario, irías a pie a tu despacho y te pondrías a trabajar, como típico sevillano, sin intranquilidades metafísicas, sin ocuparte en vano de tus persistencias, de los misterios de tu arte y del mundo despiadado e inflexible de las cosas que te rodean.

* * *

En mi edad infantil, una tierra que quedó finalmente misteriosa e inescrutable, había reyes, príncipes y payasos. Pero ¿por qué crecí de pronto y tomé el

camino del vagabundeo y el destierro? Antiguamente me preguntaba a menudo por qué los poetas insisten en regresar de vez en cuando a algo que se perdió irrevocablemente. Ahora comprendo que este deseo de los poetas de referirse con excesiva nostalgia a ese jardín indefinido de la inocencia tiene que ver con la incapacidad del artista que no puede vivir las cargas, continuamente aumentadas, del dolor que proviene de la miseria, de los infortunios y los martirios de su vida diaria. ¡Qué implacable e insegura es mi vida a cada instante! Mi oficio me quita todo pensamiento sobre la quietud y el bienestar. Esa es su maldición y su gran bendición. A veces, funciona como un dique, tras el que me oculto, cuando me martirizan los remordimientos, las usuales preocupaciones y las desgracias. Como Bartleby el escribiente, me oculto de la realidad grosera de mi vida despreocupada, para que no me encuentre desprevenido, y vuelco en el blanco papel, en el calor de mi pequeña habitación, los hechos más importantes de mi vida errante, y mis pensamientos sobre el arte y seguramente los sueños de mi juventud que no iban a realizarse, quedando como sueños que me acompañan en los momentos de soledad y de meditación, como mis viejos compañeros buenos que resucitan cada noche en las amargas páginas de este diario y vienen a hablar conmigo sobre aquella revolución con la que tanto habíamos soñado y, por ello, finalmente se desprogramó en el sueño.

* * *

Debe tomar uno el lado amable de las cosas y de los hechos humanos. Este antiguo dicho ocupa, en el arte del payaso, casi un sitio de religión. Joviali-

dad: la ligereza, la alegría, buen ánimo. ¿Cuántas veces me condenaron los comerciantes de la calle Sierpes llamándome sujeto alegre, es decir, persona que carece de seriedad, que nadie puede tomarlo en serio, risa y chiste? Imaginad que, gratuitamente para ellos, alegraba la atmósfera, sacándolos con mis gestos y mis muecas de su diaria rutina profesional, poniéndolos por un momento contentos, joviales, agradecidos. La jovialidad sólo puede provocar perturbaciones estomacales particularmente a los gordos taberneros que son, como Sancho Panza, los más propensos al comer y beber y a la risa. Sin embargo, algunos coléricos periodistas lugareños sostienen que deja el conocido gusto del asco, mientras, en el mejor de los casos, provoca gozo. Dicen que pasiviza, reblandece y desarma con ilusiones a los tontos, los niños y los ingenuos que se amontonan automáticamente en mis representaciones. Por eso exactamente, es el método más definitivo para la subversión, la ridiculización y el desdén de las decadentes virtudes sevillanas que propagan mis enemigos jurados, los organizados en sectas y hermandades pseudoaristocráticas y los cristianos laicos que sostienen en sus octavillas que el mundo ama las lágrimas y que el verdadero camino hacia el otro no es la risa que provoca la endorfina y cura a los melancólicos, sino el diálogo.

* * *

Y es todo tan difícil en el mundo de mis colegas. Nadie habla con nadie sobre la miseria psíquica de la

situación y todo, legal o ilegalmente, lo cubre la ley inflexible del silencio. Estaría de más enumerar todos aquellos cambios del alma a las que me vi obligado a adaptarme como el camaleón, cambiando mi piel y los colores de mi mascarilla, para no desaparecer cuando llegué, un atardecer, a esta hermosa ciudad perseguido por las quimeras de mi alma que yo mismo había alimentado. No es fácil, cuando pises fondo, hacer el movimiento natatorio de salvación del náufrago, ser agarrado por tus cabellos y salir medio ahogado a la superficie. La mayoría de los artistas de la calle, cuando se hunde día a día en la desgracia, en el tedio y en la miseria económica, no puede administrar las persistentes crisis psíquicas y se refugia, con matemática precisión, en los conocidos sustitutos para la reducción del dolor y reciente reforma del hiperesplenismo, en los narcóticos y en el alcohol. Con prototipos como Baudelaire, Quincey y Poe, generaciones de artistas esperanzadores e incluso malditos probaron a cortar de los negros jardines del Edén las nuevas flores del mal y justamente se fueron al suelo. Otros, por razones semejantes, no consiguieron jamás recobrar su primitiva inocencia y volver a encontrar el centro perdido de su creatividad. Un día creí que mi trabajo se desarrollaría mejor en mis pruebas. Ahora, cada vez que arranco, intento recobrar mi antigua espontaneidad e inocencia y volver a una situación pura que se avenga con mi temperamento cómico y los movimientos líricos de mi alma.

Mientras escribía estas páginas pensé que incluso esta acción pura de la escritura se encuentra en antítesis respecto a la ética de la obra de arte cuando el protagonista le habla constantemente de sí mismo. Pero no conozco a ningún artista serio, poeta, escritor, pintor, que no cayese en algunos momentos de su carrera en este resbalón. El diario más allá de una sencilla acción de registro táctico, de hechos, de proyectos, de pensamientos y de sensaciones nos ayuda a mejorar nuestras habilidades diarias. Nos da la posibilidad de pensar otra vez en experiencias y hechos que registramos como importantes y son incluso un instrumento, en nuestro armero, contra el tedio. Unas veces, me lamento al registrar las cosas que me acompañaron en mis penas y, otras veces, sueño con todo lo que me acompañó en mis gracias antes de convertirse en objeto de mis melancólicos recuerdos. Y naturalmente río cuando me pongo mi vestimenta, las pinturas, los polvos, río por mi amor que terminó, por la tristeza que me ensangrienta el corazón, los espasmos y mis sollozos: estoy haciendo bromas.

Atenas, Granada, 2012-2017

Diario de un payaso,
de Stelios Karayanis,
número 112 de la colección
Mirto Academia,
se acabó de imprimir
el día 20 de diciembre de 2022,
en los talleres de
Comercial Impresores.



